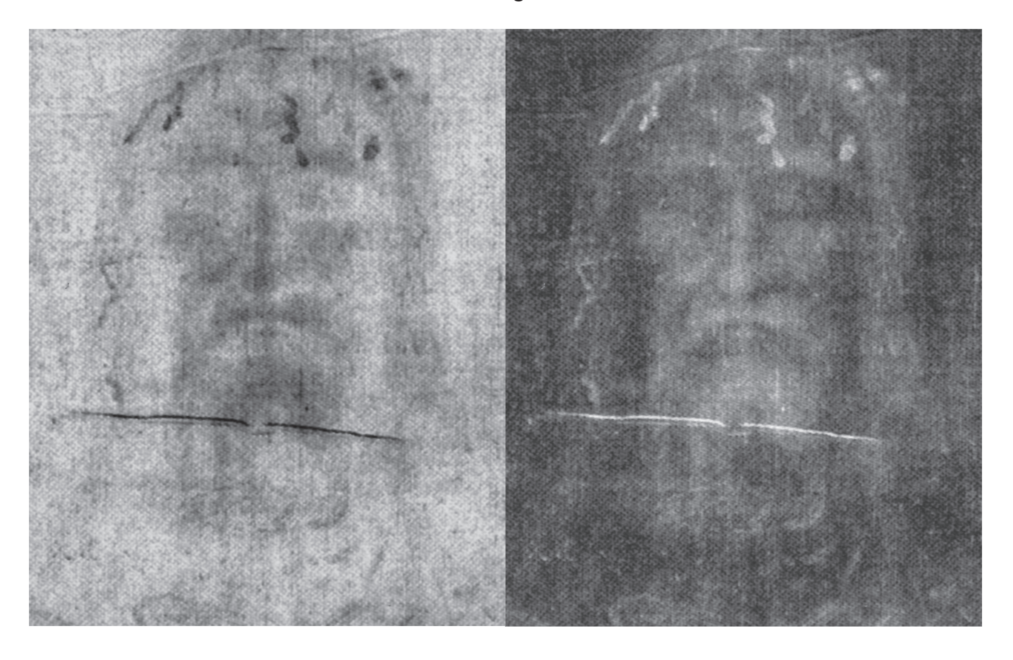
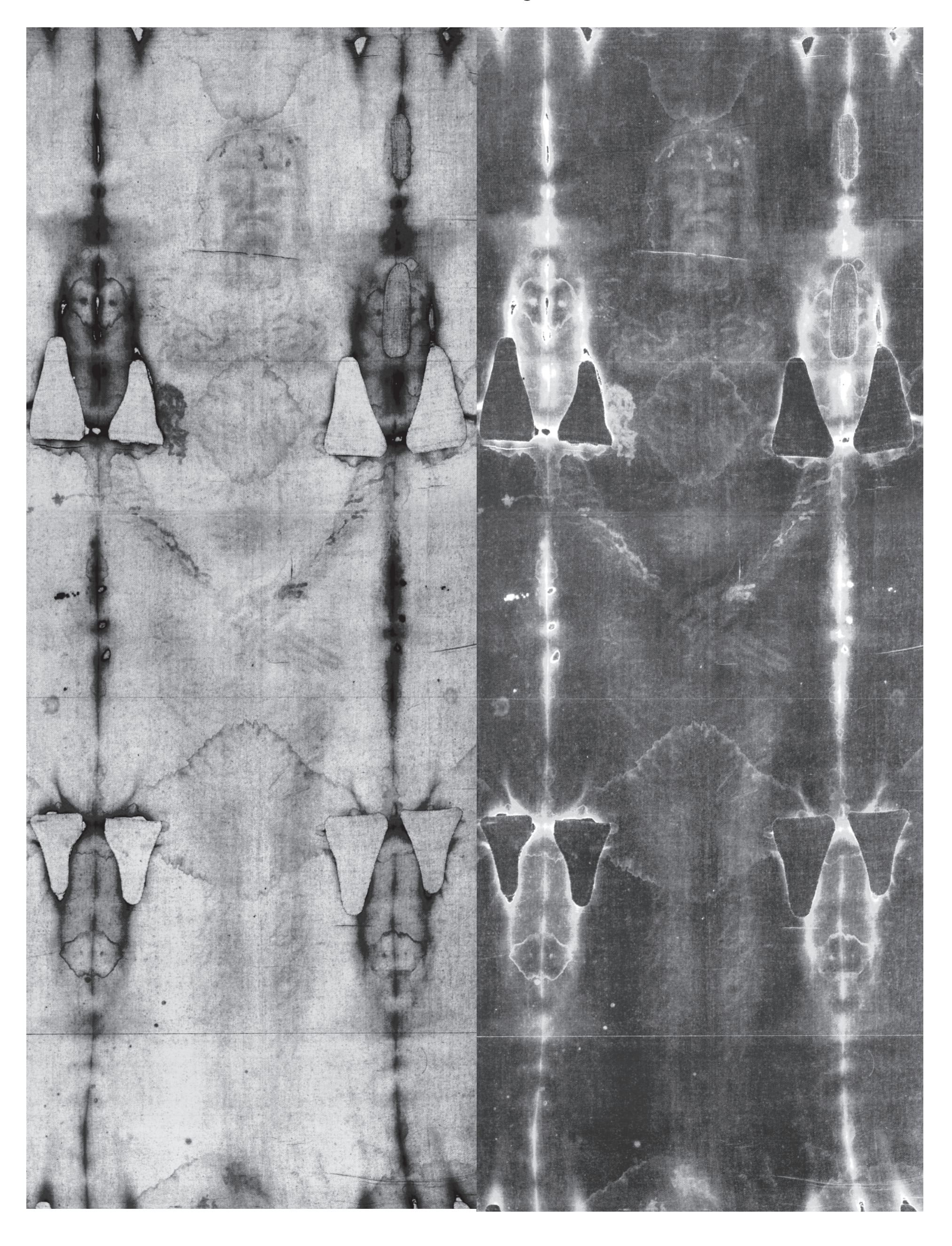
P. RAIMONDO SORGIA, O.P.

La Sábana Santa, imagen de Cristo muerto

Fundación GRATIS DATE. Pamplona, 2001





Introducción

A medida que se multiplican los estudios sobre la *Sábana Santa* de Turín, interdisciplinares y de extrema calidad científica, va creciendo la convicción de que en esa sagrada reliquia se conserva, por especialísima Providencia divina, una imagen verdadera de Cristo muerto.

A esa conclusión, alegando las pruebas más fidedignas, llega el padre dominico Raimondo Sorgia, laureado en teología dogmática, director desde 1987 de la radio católica de Florencia.

Traductor de varias lenguas, ha realizado también diversas publicaciones, como el *Breviario savoranoliano* (1997); y con Andrea Drignini, *Savonarola, eretico o santo contestatore?* (1998). En torno al mismo Savonarola, está próxima a la publicación su nueva obra *I giorni dell' Alberghettino*. Y la editorial Pi Emme de Turín publicará este año, también del mismo autor, una *Guía turístico-espiritual de España*.

Del libro presente sobre la Sábana Santa, *Vuoi saperne di più sulla Sindone?* (Effatà Editrice, 1999[3]), escribe en *Il Tempo* el padre Virginio Rotondi, S. J.: «Usted, Padre, ha logrado escribir un libro con la distancia de un hombre de ciencia; y sin embargo, la historia que relata se lee como una novela. Tal es el estilo y tanto es el deseo que suscita de leerlo y de volverlo a leer».

La Fundación GRATIS DATE agradece de corazón al P. Sorgia la autorización para publicar su obra traducida y algo abreviada, a la que, con su propia ayuda, se han añadido ciertos complementos convenientes, señalados entre corchetes, para los lectores de lengua hispana.

F.GD

1

Carta abierta al lector

Hablar de la misteriosa *realidad* que es la Sábana Santa supone adentrarse en un tema apasionante, en un gran problema.

Los *adultos* probablemente habrán visto u oído hablar de las imágenes de la Sábana de Turín, sobre todo desde que en 1973 se transmitiera por Eurovisión su imagen, y posteriormente el documental que compraron y retransmitieron las cadenas de televisión de muchos países. Imagino que también muchos *jóvenes* saben algo sobre la Sábana, porque desde hace tiempo periódicos y revistas le han dedicado títulos, artículos y fotografías, especialmente con ocasión de su ostensión desde agosto hasta octubre del año 2000. Quizás algunos lectores hayan tenido ocasión de visitar la Sábana Santa y la exposición organizada con tal motivo en Turín en estas fechas. En todo esto radica una de las dificultades del tema: exponerlo de forma que sea accesible a personas con muy diferente nivel de información y de interés sobre el mismo.

Por otra parte, es preciso que se trate de una explicación seria, objetiva, completa, que al mismo tiempo resulte comprensible. Son muchas las preguntas científicas y religiosas que se plantean alrededor del fascinante atractivo de la imagen del Hombre de la Sábana más misteriosa de la historia, y es seguro que al encontrarse con ellas el lector querrá encontrarlas resueltas. Por eso, no obstante la dimensión reducida de este cuaderno, se incluyen en él datos históricos, descripciones científicas, narraciones de los Evangelios, reconstrucciones de ambientes y además, reflexiones fundadas en la razón y en la fe. Aunque para algunos resulten superfluas determinadas explicaciones, comprenderán fácilmente que otros precisarán de ellas.

Es cierto que se podría haber sistematizado un material tan rico y complejo dentro de esquemas más rígidos. Pero he preferido no hacerlo; y más bien hablar de la Sábana, auténtico *universo* incluido dentro de cuatro metros de tela, en la manera más fluida y atrayente que pudiera. Hablar de la Sábana no es simplemente volver atrás en el pasado, como quien recorre de nuevo las excavaciones de una ciudad antigua por el mero gusto de conocerla. La Sábana Santa se presenta a la mentalidad moderna como un desafío, un pacífico y exaltante reto que «no teme a los exámenes, y que solo tiene miedo de ser enjuiciada sin haber sido sometida a examen».

Puede sorprender el hecho de no encontrar siempre de acuerdo a los estudiosos acerca de un determinado problema, en especial al interpretar algunos fenómenos, o al atribuir a los mismos una causa u otra. Es fácil que esto suceda en los casos de indagaciones realizadas por investigadores distintos, sobre casos particularmente complicados. Al principio habrá tantas conclusiones como investi-

gadores: cada uno de ellos, se habrá valido, como es lógico, de sus propios métodos, indicios, técnicas deductivas. Cada uno ha buscado el centro de la cuestión partiendo de su punto de vista. Es posible que sólo un último investigador, confrontando los elementos recogidos por sus colegas y eliminando gradualmente las hipótesis de menor consistencia, llegue a dar con una solución del misterio satisfactoria, definitiva y completa.

En el caso que nos ocupa, esto ocurre además en un enigma que, como la Sábana Santa, está constituido por otros cien misterios de menor importancia, pero estrechamente relacionados entre sí. Por eso en los puntos más arduos, todavía abiertos a la investigación científica, se presentan dos o más hipótesis sobre su explicación. Al autor le corresponde el deber de informar y de ofrecer un mínimo de orientación sobre ellos; pero después tendrá que ser el lector quien llegue a una conclusión mediante su inteligencia, capacidad de reflexión y ánimo humilde.

Finalmente, quiero hacer tres sugerencias que serán de utilidad para interpretar mejor el rostro del Hombre de la Sábana:

1ª.- Las dos bandas más oscuras en el positivo, es decir, en la foto *al natural*, que se notan enseguida alrededor del rostro y que le dan un extraño alargamiento, son debidas en parte a la masa de los cabellos y en parte a un casual amarilleamiento de esa parte de superficie, determinada por una mayor exposición a la luz; o bien podría tratarse de una distinta tonalidad del tejido por una diferencia de calidad en las fibras de lino utilizadas por el anónimo tejedor palestino.

2ª.- Hay que tener siempre presente las condiciones físicas en las que se encontraba el cuerpo de Jesús en el momento de la sepultura. Entre las deformaciones más marcadas y que destrozaron sus facciones, deben considerarse: *la rotura del cartílago de la nariz*, a causa de un puñetazo o bastonazo, o bien por una caída violenta, de donde resulta una ligera desviación hacia la derecha y una caída hacia el labio superior del extremo de la punta de la nariz. El *ojo y la ceja derecha* aparecen hinchados; como el *labio superior* mismo y la región del *pómulo derecho*. También *el mentón*, aun teniendo en cuenta un cierto espesor de la barba, aparece hinchado por un fuerte golpe o una caída al suelo. Imaginando una línea vertical que pase entre las cejas y la mitad de la boca, es conveniente «aislar» el lado izquierdo del rostro, pues ésa es, de algún modo, la parte más íntegra.

3ª.- Es necesario habituarse a mirar la imagen del rostro, y observarla pausadamente. Mejor aún si se enmarca, como retrato, y se le mira a distancia.

Sucede a veces, que mientras alguien de noche mira el cielo, tiene la impresión de que en un momento determinado, una nueva estrella se ha encendido delante de sus ojos. Un astrónomo diría que es el rayo de una estrella alejada de nosotros miles de años-luz, que esta noche ha alcanzado precisamente nuestra atmósfera y ha podido ser vista por quien estaba contemplando el firmamento. En la Sábana Santa hay también una determinada *señal luminosa*, que empezó a lucir hace dos mil años, y que puede que ahora se encuentre con el lector de estas páginas.

2

Nadie se lo había imaginado antes

Hace cien años, en la primavera de 1898, el rey Luis IX, descendiente de los duques de Saboya, de quienes había heredado, entre otras cosas, la Sábana Santa, se preguntaba pensativo si habría hecho bien en aceptar una propuesta un poco extraña para aquellos tiempos: un fotógrafo que solicitaba con insistencia permiso para fotografiar la Sábana Santa. El fotógrafo era el abogado Secondo Pia, un aficionado que aseguraba estar bien preparado. Al final había prevalecido la sugerencia favorable de uno de los consejeros del rey: autorizarle, aunque no fuera más que por tener una copia fiel de aquella reliquia que milagrosamente había salido indemne de mil peligros.

El *misterio* de la fotografía se había descubierto pocos años antes, cuando algunos químicos advirtieron que los bromuros y cloruros de plata se ennegrecían al ser expuestos a la luz. Este descubrimiento significó el nacimiento de la fotografía. Cuando se fotografía, la luz imprime por un instante la placa bañada con estas sales, y la impresión es mayor en el lugar donde la imagen es más clara y menor donde es más oscura. Después del proceso de revelado, de la placa o del celuloide, las partes más luminosas se ennegrecen y las oscuras quedan claras, constituyendo el *negativo fotográfico*.

Por tanto, en el negativo de una fotografía, los puntos de luz y de oscuridad se encuentran invertidos: por ejemplo, el negativo de un joven de cabellos negros presenta las mejillas y la frente negras, mientras que las órbitas de los ojos, los labios y los cabellos son blancos. Igualmente, en el negativo fotográfico se invierte el lugar de la imagen, por un juego de rayos, estudiado por los físicos en la *óptica geométrica*, de modo que lo que está a la derecha pasa a la izquierda y viceversa. Por todo ello, aunque se conozca bien una cara, resulta difícil reconocerla, porque no estamos habituados a la inversión.

Para obtener el *positivo* con la distribución de los colores –reagrupados en los dos fundamentales, blanco y negro– conforme al objeto fotografiado, se filtra la luz a través del negativo, imprimiéndose en el papel, de tal modo que lo negro resulta blanco y lo blanco negro, y volviéndose a invertir el lugar de las imágenes (*Cfr*. G. Dalla Nora, *Hanno fotografato il volto di Gesù*, Elle Di Ci, Leumann, Torino 1975, 11).

En aquella época no existían los actuales equipos de fotografía, las *polaroid*, las *instamatic*; para una foto de precisión hacía falta un gran aparato, que imprimía en una placa emulsionada las primeras reproducciones en blanco y negro.

La tarea era muy importante, quizás incluso irrepetible, como para afrontarla a la ligera, por lo que en los meses anteriores a la fotografía de la Sábana, concertada para mayo, el abogado fotógrafo duplica su trabajo, para calcular el tiempo de exposición de las placas, la intensidad y posición de las luces, etc. Al acercarse el día establecido, se prepara en el presbiterio de la capilla donde va a ser expuesta la Sábana Santa un pequeño carril

por el que pudiera desplazarse la plataforma con la cámara fotográfica. Era ésta una caja de madera, reforzada con tiras de metal, voluminosa, pues en su interior contenía una placa de 51 x 63 cm., con una lente *Voigtländer*. A los lados de la plataforma se encienden dos focos que llenan de luz la reliquia. Se colocan delante filtros transparentes de cristal esmerilado, para evitar los reflejos, y sobre la lente un filtro amarillo muy delgado.

El fotógrafo se mira instintivamente las manos, que tiemblan un poco; pero se siente sostenido por una fuerza superior a su misma fe. ¿Es una fuerza o una Presencia? No sabe qué contestar. Mientras saca del bolsillo un grueso reloj con cadena, reza una oración y luego empieza a cronometrar. La placa sensible está ya expuesta a la acción de los rayos luminosos. Pasan catorce interminables segundos y en ese momento sucede algo imprevisto: ¡un crujir seco advierte que el calor de las lámparas ha hecho saltar los filtros! Todo se ha echado a perder, y como ya han dado las dos de la tarde y dentro de poco la Catedral abre de nuevo a los visitantes que esperan fuera, es preciso concluir por hoy. Después de algunos días se vuelve a fijar fecha para fotografiar la Sábana, el 28 de mayo.

Ese día se comienza alrededor de las 21’30, pero debido a mil y un contratiempos imprevistos, son las 22’45 cuando el abogado Pia mueve hacia atrás la plataforma móvil, fijándola a una distancia aproximada de 8 metros y medio. Las dos lámparas dan una luz constante y los nuevos filtros la atenúan.

A las 11 de la noche Pia quita la tapa a la lente y expone la primera placa durante catorce segundos. Los dos reflectores proyectan una luz clara sobre el fondo parduzco de la Sábana y sobre las huellas de color ocre de aquel doble cuerpo extrañamente invertido en cuanto a la imagen y a la relación de luz y sombra. El cronómetro señala nuevamente los segundos reglamentarios y todo va bien hasta el final, por lo que el hombre situado detrás de la gran máquina puede dar un suspiro de alivio, aunque apenas esté en el principio del trabajo. Puede que fuera medianoche cuando termina la segunda fotografía, con un tiempo de exposición un poco más largo –veinte segundos–. Después recoge las placas y se apresura a volver a casa; después del fracaso del otro día, ha renunciado a instalar la cámara oscura en la misma sacristía. Quedan allí los ayudantes, que se encargarán de desmontar la plataforma (*Cfr.* J. Walsh, *The Shroud*, New York 1963, 26-30).

El mismo Pia describió, en una *memoria* de su extraordinaria aventura como pionero de la nueva técnica fotográfica, lo que sucedió después en el pequeño laboratorio doméstico. Orientándose más por la práctica que por el pequeño y tenue punto rojo encendido en un ángulo de la habitación, se acerca en la oscuridad al recipiente que contiene las soluciones preparadas para el baño de revelado.

La primera placa está en el baño por algunos minutos. El abogado cuenta uno a uno hasta catorce, intentando dominar la tensión que se había acumulado en aquellas horas de extrema concentración.

Alzando la placa, todavía goteante, a la altura de sus lentes, siente un ligero malestar, que no sabe a qué es debido, pues en la superficie de la placa, preparada con la mezcla de gelatinas sensibles a la luz, se ha imprimido de hecho la doble imagen de la Sábana.

Pero le cuesta trabajo creer lo que ha sucedido: es como si se hubieran invertido las masas, las luces, las sombras, lo cual resulta normalísimo en otros mil casos, pero *no* ahora.

«Si hago una fotografía a un árbol del parque –se repetía a sí mismo– tendré que obtener el *negativo* de un árbol. Si retrato con la máquina una estatua, de la placa tendrá que resultar el perfil de la estatua, siempre en *negativo*... En cambio, la Sábana...»

Son unos momentos, en que su atención es absorbida por la búsqueda de algún dato que le ayude a comprender. Por ejemplo, se pregunta por qué el fondo de la Sábana no tiene aquel color blanco-sucio, típico de una tela de lino antigua, que ha quedado bien grabado en su retina y su memoria, a fuerza de estudiarlo... *Aquel fondo se ha oscurecido* hasta aparecer casi negro. ¿Se habrá confundido en el tiempo de exposición?

En la mente le asalta el temor de haber fallado una vez más, de haber estropeado la última ocasión, por culpa de un imprevisto. Al borde del desaliento, gira la placa, buscando de nuevo algún dato que sea descifrable a primera vista. El rostro, sí, aquel rostro tendría que decirle la verdad. Y las manos le empiezan a temblar, hasta hacerle temer que la placa pueda escapársele y hacerse pedazos.

«Encerrado en mi habitación oscura –contaba más tarde el abogado–, totalmente concentrado en mi trabajo, experimenté una intensa emoción cuando durante el revelado *vi aparecer en la placa por primera vez el Santo Rostro, con una claridad tal que quedé helado*».

Ni Pia ni ninguno de sus contemporáneos estaban preparados en absoluto para *aquel encuentro*. Él iba a hacer una copia fotográfica de la Sábana de Turín, de aquella imagen vagamente humana que durante dos mil años ha sido venerada como la sombra del Salvador Crucificado. Iba a hacer un trabajo devoto y honrado, más que propiamente artístico, procurando estar a la altura de la confianza que el rey y el arzobispo habían depositado en él, pero que en definitiva no suponía tampoco algo excepcional. Gracias a Dios, no era un aprendiz.

Pero he aquí que este hombre de fin del siglo XIX se encuentra cara a cara con la imagen de Cristo *tal como pudo ser en realidad*, la *misma* figura de Jesús que, con los ojos bañados en lágrimas, contemplaron largamente su madre María, el apóstol Juan, María Magdalena, los discípulos Nicodemo y José de Arimatea, mientras procedían a su sepultura en la sábana funeraria. El era el primero que, anulando en aquellos catorce segundos de exposición a la luz de los proyectores, los veinte siglos pasados, podía contemplar verdaderamente aquel cuerpo llagado, aquel rostro sorprendente.

El experto fotógrafo *amateur* tiene ahora en su mano la clave del misterio: la Sábana Santa se ha comportado delante del objetivo de un modo absurdo o, mejor dicho, extremadamente lógico, como un verdadero negativo fotográfico.

No hay duda: *Alguien* lo ha querido así. Como años más tarde observara el

fotógrafo profesional Enrie, colega del abogado Pia, habiéndose encontrado delante de una realidad que tenía todos los caracteres de una imagen negativa, «la placa fotográfica no pudo haberse comportado de modo distinto».

En efecto, Enrie tuvo precisamente el encargo de repetir en 1931 la operación realizada con discreto éxito por el abogado Pia. El milagro de éste había sido sumamente valioso, pero se reducía a una sola visión de conjunto de toda la Sábana. Ahora se consideraba muy útil la reproducción más particularizada de los innumerables detalles en los que la figura del Hombre de la Sábana pudiera ser descompuesta, algo así como un *mapa* de la imagen. Asistido por otros expertos, Enrie obtuvo, con aparatos que con el tiempo se habían perfeccionado, doce perfectísimas fotos de la Sábana, que son las que hoy contemplamos.

Hay que tener presente que casi la totalidad de las distintas ciencias que se interesan por este tema se valen del auxilio que presta la fotografía, y principalmente por las ampliaciones –macrofotografías–, que permiten descomponer las fibras de un tejido en sus más pequeños partículas, y explorar la estructura interna de corpúsculos de naturaleza orgánica de pocos micrones de diámetro.

3

De Getsemaní al *proceso* nocturno

Pido disculpas, pero es necesario empezar desde el principio la historia de la Sábana Santa. Quiero precisar enseguida que en los tres capítulos que siguen no he tratado de escribir una devota meditación sobre el *Vía Crucis*, sino de recoger y subrayar aquellos hechos que constituyen las premisas inmediatas de la muerte de Jesús, y que han dejado un rastro más o menos evidente en el conjunto de las huellas de la Sábana. Nos detendremos en particular en las principales lesiones externas y también hablaremos de las violencias morales a las que fue expuesto el corazón del *hombre de la Sábana*, aunque esto pueda parecer extraño.

Uno tras otro los discípulos han salido del Cenáculo detrás de Jesús, que con paso ligero recorre el laberinto de calles del barrio de Siloé –desierto en aquellas horas– que desciende desde la ciudad alta hacia el fondo del valle. Nadie tiene ánimo para hablar; sólo se oyen las pisadas de los pies desnudos, que a menudo se hunden en el blando polvo de las calles de tierra. Pasan junto al Templo y llegan enseguida a las piedras del torrente Cedrón, por las que corre el agua de la última crecida invernal. Suben por la orilla opuesta y cruzan el muro pequeño de rocas que rodea el Campo de los Olivos.

El propietario del campo ha dado permiso a Jesús para andar por él libremente siempre que quiera; de hecho ya ha pasado allí otras noches, ahora que el tiempo es bueno, paseando, durmiendo, bajo los olivos o en la gruta que se abre en la colina.

El Maestro desea, ahora más que nunca, estar un poco apartado; se muestra siempre dueño de sí mismo; pero una arruga en su amplia frente indica quizás que su tristeza aumenta de modo preocupante. Para no entristecer mucho a los suyos, Jesús les invita a descansar cada uno donde prefiera, y se va adentrando en el interior del campo de los olivos, acompañado sólo de Pedro, Santiago y Juan, los testigos de la Transfiguración... ¡Qué diferente es su *transfiguración* esta noche!...

Como una marea alta que nadie pudiera contener, la angustia vuelve a crecer y se desborda de repente. Ya no la esconde: tiene miedo, angustia, un palpitar tremendo. Basta mirarle el rostro, palidísimo. «Me muero de tristeza». Los tres amigos están asustados, pero no saben qué hacer o qué decir para consolarle; ya es una suerte tener a su lado amigos en una noche como ésta.

Vacilando un poco, Jesús se aleja unos cuarenta pasos, más o menos la distancia –precisa Lucas– que se puede alcanzar tirando una piedra. Las piernas se le doblan solas y, como agotado por un gran cansancio, Jesús cae de rodillas: tiene que haberle sucedido algo terrible. Como la noche es serena, y con luna llena, los tres que luchan cada vez menos contra el sueño tienen la sensación de encontrarse ante la sombra de su Maestro, incansable y vigoroso hasta hace pocas horas. En ese momento les llega su voz bastante clara: «¡Abba!, ¡Padre mío! Para ti nada hay imposible; aleja de mí este cáliz». El cáliz, modo realista oriental de expresar una situación insoportable: la bebida de sabor muy amargo que se rechaza después del primer sorbo, es la amargura que le invade el espíritu.

Jesús, nuestro hermano, acaba de comenzar el largo Vía Crucis que le espera y que El conoce bien. Y siente ya tanta angustia que le tiembla todo el cuerpo, cubierto de sudor frío. Un sudor nunca visto antes, pues a medida que su lamento se hace más dolorido, «su sudor –dice el médico evangelista Lucas– empieza a deslizarse hasta el suelo *como gotas de sangre*».

El fenómeno es raro, pero suficientemente conocido por la medicina moderna, que lo llama *hematohidrosis*, palabra elegante para referirse al sudor de sangre: cuando un prolongado estado de angustia llega a un determinado límite, la tensión psicológica puede afectar a todo el organismo, provocando respiración fatigosa, sudor, escalofríos, aceleración del ritmo cardíaco. Puede darse algo aún más traumático: los capilares sanguíneos se dilatan por el exceso de presión, y pueden romperse en algunos sitios, llegando a la piel y, por la conexión entre los vasos sanguíneos y las glándulas sudoríferas, aparecen gotas color rubí entre los surcos del sudor. Se comprende así un poco más la tormenta que debió haberse desencadenado dentro de Él, ante su visión profética de las torturas que habrá de padecer y que libremente ha aceptado, y ante su conocimiento divino de que habrá hombres para quienes su sacrificio de amor no servirá de nada, de que in-

cluso será motivo de burlas...

Las palabras humanas son absolutamente inadecuadas para describir la realidad *completa* del drama de Jesús en esas horas, que le lleva a una verdadera *agonía*. ¿Qué significa esta palabra? El diccionario llama agonía al estado de angustia que precede inmediatamente a la muerte. Del griego *agon*; es decir, lucha, es el conflicto decisivo en el cual la vida se encuentra en la imposibilidad de continuar, en un organismo destruido por una enfermedad, una herida, un trauma excepcional. Por esto es correcto hablar de una agonía en el huerto de Getsemaní. Se puede objetar que Jesús es joven y sano, tiene un físico perfecto y no ha sufrido todavía ni la menor violencia por parte de sus adversarios. De acuerdo, pero se puede morir, o al menos experimentar la terrible sensación de la agonía, a causa de emociones muy intensas, de dolor moral que supera el límite de lo tolerable.

Una larga, interminable, insoportable punzada, la impresión de que el corazón *se le ha roto.* Con un gemido más agudo se agacha, apoyando la frente contra el tronco de un olivo. Haciéndolo así, cumple el primer consejo dado por los médicos en casos de infarto: inmovilidad completa, respiración lenta y profunda, expiración por la boca. Si el organismo está fuerte, los daños no son necesariamente irreparables y, en teoría, se puede esperar una recuperación general.

El hombre que está postrado en tierra en el Huerto de los Olivos está en el ojo de un invisible ciclón; se debate en vano en el centro de todas las formas del mal que se han extendido y se extenderán por el mundo a lo largo de milenios. Su corazón es fuerte, es el más perfecto corazón de hombre, pero es un corazón humano, igual al nuestro, que no puede resistir hasta el infinito, y que cede, como también ceden a veces las vigas más sólidas ante la violencia de una catástrofe.

Este músculo esencial para la vida se encuentra dentro de dos revestimientos; uno interno o endocardio y otro externo o epicardio. Cuando la presión de las arterias oprime fuertemente al corazón, éste puede llegar a rendirse, cosa bastante normal en un órgano ya desgastado, y entonces se produce el infarto; o puede producirse un principio de infarto, una perforación, como un doloroso corte, abierto por el corazón en el endocardio, sin afectar al epicardio. Entonces la sangre invade el espacio existente entre el músculo mismo y el epicardio, y luego los glóbulos rojos, más pesados, se depositan en la parte inferior, separándose del suero.

Este hecho, sucedido hacia la medianoche del Jueves, se hace visible en la tarde del día, por la punta oval y cortante de la lanza clavada en su costado, *quedando su huella también en la Sábana*. Cuando el soldado hunde la lanza en el pecho de Cristo, a la altura del corazón, enseguida sale «sangre y agua», de lo que da testimonio Juan, que se encuentra allí a su lado.

Los colegas actuales del médico-evangelista Lucas hablan de *hidropericardio de origen agónico*, aunque hay otros expertos que prefieren atribuir el origen del líquido que acompañó la salida de la sangre a causas traumáticas externas, como los golpes que Jesús recibió en la casa

de Caifás y después en el pretorio, con toda la violencia de los flageladores, en el pecho y la espalda; para ellos sería una *pericarditis sueral.*

Quizás una causa no excluya necesariamente la otra, sino que las dos hipótesis podrían complementarse. La flagelación ha dejado sus huellas muy evidentes en la Sábana fúnebre, pero las de Getsemaní son aún más profundas: Jesús ha agonizado de dolor, ha estado a punto de *morir de pena.* ¡Cuánta verdad encierran estas palabras, bien utilizadas por nuestros ancianos, que no conocían el término, pero sí la realidad del infarto!

Los tres testigos, privilegiados y entusiastas en la Transfiguración, no han logrado ser más que testigos somnolientos del drama doloroso vivido en la soledad por el Maestro. Envueltos en sus capas al estilo oriental, sobre el suelo o con la espalda apoyada en el tronco de un árbol, oyen: «Padre mío, si es que debo beber este cáliz, que se haga tu voluntad». Jesús ha decidido que lo beberá hasta la última gota, hasta el Calvario. Y esa verdad, momentáneamente oculta, *se estampa luego en la Sábana*, signo de un amor demasiado grande como para ser comprendido por completo.

Jesús tendrá que luchar ahora con todas sus fuerzas para sobrevivir un poco más; le faltan 15 ó 16 horas, interminables, para sufrir el tormento al que está destinada su pobre carne. Espera a Judas, que está volviendo. En un momento el olivar se encuentra lleno de gente armada y agitada. Judas le dice: «¡Salud, Rabbí!». Y el Maestro le responde: «Amigo, ¿a qué vienes?». Los soldados saben que tienen que capturar a un hombre por encargo de los empleados del servicio de orden del Templo. Son las dos más o menos de la noche. Ha empezado el primer Viernes Santo.

Con las manos atadas con una cuerda, entre empujones y con un escándalo que despierta a los habitantes, Jesús es conducido arriba, a la Ciudad Alta, por la misma calle que recorrió hace pocas horas. En el Palacio de Caifás, tan sólo a unos cientos de metros del Cenáculo, ha sido convocada con urgencia una reunión extraordinaria de todos los responsables. Muchos de los dirigentes no se han ido a dormir, esperando *la hora*. Aquel incómodo personaje venido de Galilea para turbar su tranquilidad finalmente está en sus manos; ciertamente no lo dejarán escapar. La sentencia ha sido pronunciada hace meses; establecido también el tipo de ejecución, falta sólo un detalle: un *proceso*, una apariencia de legalidad, para quedar con la conciencia en paz. Más aún, deben pasar al procurador romano la responsabilidad de que este hombre desaparezca de una vez de la circulación.

La fase inicial del proceso de Jesús es en casa de un ex-presidente que conserva todavía el papel de dirigente temido e indiscutible. Allí, durante el interrogatorio, uno de los guardias le golpea el rostro duramente, dejándole huellas *que quedan registradas en la Sábana*. Después se dirigen en masa hacia el tribunal que preside el sumo sacerdote Caifás; los testigos en contra del imputado no coinciden en sus versiones de los hechos. Bastaría una palabra comprometedora por parte de Jesús, pero Él calla.

Calla mientras puede, hasta que le hacen una pregunta clave: «¡En nombre de

Dios vivo, te conjuro a que nos digas si tú eres de verdad el Mesías, el Cristo, el Hijo de Dios!» En ese momento no puede callar; sus ojos hasta ahora bajos se llenan de una luz en la que brilla la ternura y el orgullo afectuoso hacia su Padre; y fijándolos en el rostro del inquisidor, responde: «tú lo has dicho», es decir, «así es».

Llenos de una rabia más teatral que realmente sentida, todos gritan que el Hombre ha blasfemado, ha osado profanar el nombre santo de Dios. «¡Ha blasfemado, lo habéis oído todos vosotros; ¿qué decís?». Y siguiendo el guión, como instrumentos, los presentes gritaron: «Tiene que ser condenado a muerte».

Entonces, cuenta Mateo, le escupieron a la cara y empezaron a darle puñetazos y bofetadas, por turnos. Como le habían vendado los ojos, podrían reírse de él: «Ahora haz de profeta, Cristo, adivina quién de nosotros te acaba de golpear». Incluso a través de la venda más espesa, hasta con los ojos bajos y llenos de lágrimas Jesús sería capaz de responder a sus preguntas, pero ha decidido no responder, dejar que el juego continúe. Y precisamente porque Él se comporta serenamente, sin reaccionar, los golpes le llueven encima, cada vez más duros y violentos. Cada uno le deja su señal. En el Evangelio se cuenta todo esto. También en el evangelio *según la Sábana*. Así lo describen los expertos:

En la frente, a la altura de la ceja derecha, a un centímetro y medio más o menos de la nariz, se observa una excoriación de 6 cm., atribuible a un violento bastonazo que ha roto la piel contra el hueso delgado del arco de la ceja. En la otra ceja se ve en cambio una zona escoriativo-contusiva de 2,5 cm., producida por uno o varios puñetazos. Hacia el centro del cartílago nasal se observa la señal circular de otro bastonazo, dado con un palo más bien corto, similar al *testigo* de los atletas de las carreras de relevos. El golpe fue dado por una persona que se encontraba a su derecha y que tenía el bastón en la mano izquierda. El diagnóstico es sencillo: rotura y desviación del tabique nasal. O, siguiendo la segura guía del profesor Judica-Cordiglia:

«en la mejilla izquierda, en el extremo de la nariz y en el labio inferior se muestran heridas de varias dimensiones, producidas por agentes contusivos. En la región de la mandíbula, a la altura del surco nasolabial, se puede apreciar, en medio de una barba abundantemente bañada en sangre, una notable hinchazón de esta zona» (G. Judica-Cordiglia, *L'uomo della Sindone è il Gesù dei Vangeli?* Chiari, BS, 1974, 64-66).

Se ha apuntado la hipótesis de que ese hematoma no fuera producido por una mano armada con un bastón o tabla de madera, sino por una fuerte caída de bruces contra el suelo, durante el Viacrucis.

El corazón, que ya se desbordaba de amargura en el Huerto de los Olivos, sigue sufriendo otras penas casi sin parar: el sufrimiento por la negación de Pedro, que jura y perjura no haber conocido nunca a *aquél hombre*; el sufrimiento por la desesperación de Judas, peor que la misma traición...

4

La calle que lleva a la colina

Al alba, sin que el imputado haya tenido ni un sólo momento de tregua, segundo juicio. Ante el Sanedrín, las formalidades y humillaciones se hacen más refinadas. Después comienza el juicio último, esta vez en el Pretorio, en cuya sede se sienta un alto magistrado romano.

A Pilatos, claro está, no le importa gran cosa el asunto de este *extraño* individuo. Al menos en principio, habiendo visto tanta gentuza: casi cada día, desde hace años, han desfilado delante de él hombres a quienes juzgar, y a los que casi nunca ha podido absolver. Acusados con las etiquetas más variadas: el delincuente común, el ladronzuelo ocasional, el ingenuo que se ha dejado engañar y se ha pasado al bando equivocado, el idealista, el ladrón profesional, el terrorista, el sicario, el anárquico, el enfermo mental, el agitador político, el hombre embrutecido por el vicio o la miseria material. Juzgarles, condenarles, hacerles golpear o azotar, matarles... son asuntos administrativos corrientes para el gobernador Poncio Pilatos, igual que para cualquiera de sus colegas.

Pero este hombre –Pilatos se ve obligado a repetírselo a sí mismo en voz baja–, este hombre es *diferente* de todos los otros que ha conocido. Es cierto que no es fácil reflexionar, ponderar con calma la situación de este imputado, con una serie de acusaciones que no se tienen en pie, y menos teniendo enfrente aquella gente que grita bajo las ventanas del pretorio. Aún se le hace más difícil porque su mujer le ha mandado un recado: «intenta no condenar a este hombre inocente, ya que esta noche he sufrido mucho en sueños por su causa».

¿Quién puede ser? ¿Y si en verdad tiene el favor de los dioses? Miedo supersticioso. Se estremece al recordar otro sueño tristemente célebre: el de Calpurnia, que en la mañana de los Idus de marzo había aconsejado al César no ir al Senado; en sueños lo había visto chorreando sangre. Siente miedo al evidente chantaje por parte de los representantes del pueblo, si se atreve a desafiarlos. Podría tener que volver a Roma escoltado para acabar, como ahora este hombre, en el banquillo de los acusados y después quién sabe.

Puede que haya todavía una escapatoria. Al saber que Jesús proviene del territorio gobernado por Herodes, Pilatos ordena que sea llevado ante él. Pero Herodes se cansa pronto de este hombre que no le divierte, como había esperado. Hace que le revistan, para burlarse de él, con una túnica principesca –¿no dice que es un rey en el exilio, el aspirante al trono de un misterioso reino?– y se desembaraza rápidamente de él, reenviándolo, desilusionado, a Pilatos.

Es preciso que éste intente jugar la última carta, y así lo hace: «Este hombre no ha hecho nada que merezca la muerte; por tanto, haré que le den latigazos, pero después lo dejaré en libertad» ¡Ese «por

tanto» es una obra maestra de lógica!...

El *ejecutor*, escogido entre los hombres de la tropa más rudos y rápidos, empuña el terrible *flagellum*, una especie de látigo con dos o más tiras de cuero. Manejado con fuerza, llega silbando a Jesús y le produce primero cardenales dolorosos y después surcos por toda la piel. Más temible debía ser el *flagrum*, un látigo perfeccionado, ya que en los extremos se fijaban bolas de plomo o, mucho peor, huesecillos ásperos y afilados como sílice; con cada golpe se rompe enseguida el tejido, dejando su forma en la carne viva. La flagelación judía debía mantenerse por debajo de los 40 latigazos en total; la romana en cambio no preveía esa norma. Y Jesús es torturado al modo romano, así que se pueden contar pacientemente, entre las huellas dorsales y frontales, más de 120 llagas en el *Hombre de la sábana,* que son el resumen de aquella despiadada flagelación.

No podemos olvidarnos de la coronación de espinas, con un casco de ramas de espino entrelazadas. Lo recuerda la Sábana, con los regueros de sangre, muchos en la parte superior de la nuca, y uno, muy marcado, que impresiona enseguida a quien mira el rostro de Jesús, casi en la mitad de la frente, aquel que en la Sábana tiene la forma característica de un 3 al revés o, si se quiere, la forma de una *épsilon* griega.

Es casi mediodía. La mañana ha pasado en un momento, al menos para Pilatos. Presionado por una multitud nerviosa e impaciente, que pone contra las cuerdas al odiado procurador romano, éste empieza a ceder. Jesús es empujado al exterior, a un patio empedrado de la fortaleza Antoniana. Llueven acusaciones sobre el juez romano, hirientes como latigazos: «¡Si pones en libertad a este hombre que se proclama rey nuestro, debes saber que te conviertes en cómplice suyo!. ¡Quien pretende hacerse pasar por rey es enemigo del emperador!».

Viendo que la multitud presiona sobre el cordón de seguridad, amenazando con arrastrar a los guardias, Pilatos hace que le traigan una vasija con agua. Lavadas las manos, las levanta bien altas, para que las vean todos, y dice: «Yo no me considero responsable de su muerte. ¡Allá vosotros!». Y entrega a Jesús en sus manos. La farsa ha terminado. Empieza el último acto de una tragedia cada vez más cruel.

Corre la voz en un instante. Dentro de poco sacarán a otros delincuentes, puede ser que dos o tres. La ejecución será en la colina del Gólgota; hay que correr si se quiere ocupar un puesto en primera fila y disfrutar del espectáculo. Allí en la explanada de la colina, estará ya plantado firmemente en el suelo el palo de la cruz, el *stipes,* como lo llaman los romanos. El condenado debía cargar encima el brazo más corto, transversal, el *patibulum*. Sólo éste pesaría al menos 50 ó 60 kilos. Para un hombre apenas salido de una grave crisis de infarto cardíaco y que ha pasado doce horas seguidas de ininterrumpida tortura, aunque sea joven y de constitución sana, aquel tronco de árbol pesaría como una montaña. Quién sabe cuánto le costaría dar un paso. Seguramente no sería un tronco bien cepillado, sino rugoso, cortado de cualquier manera, quizás lleno de resina, con restos de corteza y grandes astillas, en un trabajo acabado apresuradamente.

El *patibulum* cae sobre el músculo entre el cuello y la espalda, dejando sus marcas en la Sábana, como describen los expertos:

«En el hombro derecho –el lado derecho se corresponde con el izquierdo en el positivo fotográfico, esto es, en la imagen de cómo sería en realidad Jesús– se nota una amplia zona escoriada y contusionada más o menos cuadrangular, dispuesta un poco oblícuamente de arriba hacia abajo y desde el exterior al interior, cuyo eje mayor, en sentido longitudinal, mide 10 x 9 cm. En la región escapular izquierda se constata otra zona que presenta las mismas características. Examinadas las dos zonas atentamente, demuestran que sobre ellas ha presionado un instrumento rugoso, de gran peso, móvil, de un grosor de unos 14 cm., que ha aplastado, deformado y reabierto las lesiones causadas por el *flagrum*, ocasionando otras, incluso atravesando las vestiduras.

«Este conjunto traumático, contusivo-escoriativo, lleva a pensar que haya sido causado por el palo transversal de la cruz, que el condenado sostenía con las dos manos en la zona escapular, sobre los hombros, en el trayecto hacia el lugar del suplicio. El madero cargado por Cristo era un palo basto, que él sostenía oblicuamente sobre la espalda, como hemos dicho, y que con cada caída, resbalaba hiriendo y dañando la piel con su peso y rugosidad, más en la región derecha que en la izquierda» (Judica-Cordiglia, *op. cit.* 68-69).

Se ha apuntado la hipótesis de que alguna caída no fuera casual. Es bastante probable que los condenados a muerte, generalmente poco resignados, como en cambio aparecía Jesús, fueran atados por seguridad con una cuerda en las muñecas o en los tobillos. Bastaba un simple empujón cuando el pobre hombre intentaba mantener el equilibrio precario del cuerpo que sostenía el *patibulum*, entre paso y paso, para desequilibrarlo del todo y hacerlo caer de bruces a tierra, entre las risas del populacho. Ricci lo ha demostrado con sus experimentos y documentación fotográfica, que dan nueva luz para la confirmación de esa hipótesis y facilitan la interpretación de cada una de las *palabras escritas con sangre sobre la Sábana*.

La mirada atenta del experto se fija también en las grandes manchas que se ven a la altura de las rodillas. Aparece más contusionada la derecha, como si se hubieran acumulado varias heridas una sobre otra. Estas manchas parecen demostrar que las rodillas del Hombre de la Sábana

«sufrieron la acción discontinua de un agente escoriante y lesivo, como pudo ser un terreno accidentado, una calle no lisa, contra la superficie cutánea convexa, sobre la cual la acción lesiva fue atenuada por la interposición de una protección blanda, como la tela de su vestidura» (Judica-Cordiglia, op. *cit.* 69-70)

Con otras palabras, Jesús habría caído varias veces, y como sostiene la devoción popular, unas sobre una rodilla, otras sobre la otra, y a veces sobre las dos, de golpe, mientras que, con las manos ocupadas en sostener el pesado patíbulo, subía penosamente la ligera pendiente que lo conducía al Calvario. Parece confirmarlo, *en el rostro del hombre de la Sábana*, el gran golpe que se encuentra en la base del mentón.

Para que el espectáculo sea más completo y *divertido* –demasiado serio, demasiado resignado este Jesús de Galilea– dos bandidos, cogidos por la policía después de un robo con asesinato, van

subiendo también con el *patibulum* a hombros, por la cuesta. Van atados entre sí, en fila, como pueden. Jesús parece verdaderamente la sombra de sí mismo. Debe sostenerlo su enorme fuerza de voluntad. O algo más, como su gran amor. Preocupados sobre todo por si se les muere a mitad de camino, los organizadores deciden auxiliarle mientras hay tiempo. Una ojeada alrededor, buscando alguien apropiado, y encuentran a un agricultor, *el Cireneo*, que viene del campo por una callejuela. Cogido por sorpresa, es obligado a cargar con el *patibulum* de Jesús, y será famoso, no tanto por su ciudad de origen, como por aquel encuentro cerca del Calvario. Unos pocos minutos de descanso. Entre el sudor y los surcos de sangre que le caen sobre los ojos, Jesús busca la cima de la colina, sabiendo que sólo allí podrá descansar finalmente.

Entre la muchedumbre hay quien observa pensativo, hay quien es capaz de mostrar todavía un poco de compasión, Se dice que estaba la Madre, muchas mujeres, muchos beneficiados o testigos de sus milagros. Pero ahora todo parece irreal, y nadie podría parar ya el movimiento inexorable de aquel engranaje. Unos pocos pasos más –pero ¡cuánto cuestan!– y Jesús habrá llegado a la cima.

Los tres palos están clavados en el terreno. Uno tras otro –puede que Jesús el último, ya que se trata del más famoso de los tres–, los condenados serán tirados al suelo, con los hombros sobre el *patibulum* que han llevado. Gritan suplicando, llenos de terror. El hombre llamado Jesús sigue siendo *distinto*. Seguramente se tendería espontáneamente, y en vez de cerrar la palma de la mano apretándola convulsivamente, la presentaría dócilmente. Con un poco de experiencia, al verdugo le basta palpar en la base de la mano, donde se nota un pequeño agujero, para saber que ese es el punto justo. Allí va metida la punta del grueso clavo de carpintero. Es el *agujero de Destot*, el único espacio libre entre los pequeños y abundantes huesos del carpo. Sólo por allí puede pasar el clavo sin romperlos.

Alguien había previsto también este detalle. Naturalmente que el verdugo no sabe nada, él sólo hace su trabajo del modo más rápido y razonable posible. Sin embargo, Alguien –el mismo que había establecido que no se rompieran los huesos del cordero durante la cena pascual– parece haber pensado también en esto. Era el único modo de no fragmentar los huesos de la mano de Aquel a quien el amor había transformado en el chivo expiatorio de la humanidad, en el Cordero de Dios llamado a cargar sobre sí los pecados del mundo; en el Cristo que ahora va a ser clavado en la cruz. Sólo un espacio libre. *La Sábana lo sabe*.

Empujado por un martillo pesado golpeado con fuerza, el clavo traspasa con facilidad todo el grosor de la mano, uniéndola al travesaño de madera. El clavo no era de sección circular, sino cuadrangular, como los usados por los carpinteros para los entarimados. Es fácil decir: «imagínate qué dolor», pero un espasmo de dolor semejante sólo puede comprenderlo quien lo pasa. Además, no fue el único ni el mayor sufrimiento. Teniendo en cuenta las conclusiones que derivan de *una atenta lectura de la Sábana*, si en la

mano izquierda la crucifixión no presentó problemas técnicos, en la otra mano parece que, por ser el clavo más grueso o menos afilado, no penetró al primer intento, sino que tuvo que ser clavado y extraído varias veces antes de que alcanzara el *patibulum*.

El doctor Judica-Cordiglia, que hace notar este detalle, explica también la acción del clavo:

> «al traspasar el carpo, no sólo cortó el nervio mediano, sino que con sus esquinas afiladas seccionó los nervios de los músculos flexores de los dedos» (*Op. cit.* 75-76).

La lesión del nervio mediano, extremadamente dolorosa, hace que el pulgar se pliegue automáticamente hacia la palma de la mano herida. Ese es el motivo por el cual en la imagen de la Sábana aparecen solamente cuatro dedos en las manos.

Finalmente, el último condenado, el manso y silencioso condenado a muerte, con los brazos ya clavados al *patibulum*, es alzado en el *stipes*. Allí queda suspendido unos momentos con el cuerpo suelto. Vuelvo a decir que apenas podemos *imaginarnos* semejante dolor, *aquel* dolor. Faltan por clavar los pies, que están más o menos a un metro del suelo. Nueva tortura que se reserva a los miembros inferiores, al intentar fijar la planta del pie al palo vertical. Esto sólo es posible apretando con fuerza sobre el pie mismo, de modo que toda la pierna, y especialmente la rodilla, vienen forzadas a doblarse, y el cuerpo del crucificado desciende de ese lado. El soporte que casi siempre vemos sostener los pies en los Crucifijos es un piadoso invento del artista que interpreta la compasión popular; ese soporte de madera no existió en realidad. Mientras tanto, es objeto de discusión si los pies fueron fijados al larguero sólo con un clavo o con dos –Ricci no está de acuerdo con Judica-Cordiglia, mientras que la imagen tridimensional parece confirmar que los pies fueron clavados al madero con un sólo clavo–. También son distintas las interpretaciones del hecho de que la imagen de la Sábana muestre el hombro derecho notablemente bajado. ¿Fue a causa del pesado *patibulum* transportado hasta el Gólgota o por una violenta torcedura de la pierna?

De todos modos, una cosa es cierta, que el agujero de Destot es providencial: pensándolo bien, era prácticamente imposible que un clavo puesto en la palma de la mano, en el metacarpo, pudiese sostener un cuerpo suspendido, que en el caso de Cristo debía pesar unos 80 kilos; un cálculo matemático dirá que en cada brazo venía ejercitada una fuerza de tracción de 95 kilos. El cirujano doctor Barbet ha hecho decenas de experimentos en este sentido, confirmando que si se clavara un cuerpo en el centro de la mano, se producirían en ella rápidamente desgarramientos verticales, precipitándose al suelo.

5

Morir en una tarde de abril

Es humanamente imposible analizar el abismo de dolor dentro del cual pasó Cristo las últimas tres horas de su existencia mortal. En tan dificil postura, entre convulsiones, con los músculos cada vez más debilitados y lleno de dolorosos calambres, hasta la más elemental de nuestras funciones, la de respirar, es un auténtico suplicio. La respiración corta y fatigada sólo consigue introducir una cantidad mínima de oxígeno en los pulmones, en los que se ha concentrado un nivel intolerable de anhídrido carbónico y como consecuencia de ello la sangre está saturada de toxinas. En tales condiciones, su corazón, anteriormente sometido a una dura prueba, no puede resistir más y cede de repente. «Y de nuevo –escriben los evangelistas– dando un fuerte grito, Jesús dice: “Padre, en tus manos entrego mi espíritu”. Y dicho esto, inclinando la cabeza, expiró».

La medicina ha investigado las causas físicas de aquella muerte. Dalla Nora resume de esta manera las distintas opiniones:

«Según algunos médicos, se debería a los calambres tectánicos. A causa de éstos, los músculos respiratorios, al estar siempre tensos con la espiración, producen la asfixia. Esto explicaría que en la imagen de la Sábana Santa, el pecho está notablemente levantado, en detrimento de la cavidad peritoneal, hundida a causa de la convexidad del diafragma. Para otros, el Señor murió debido a un colapso ortostático, es decir, por la caída de la sangre a las extremidades inferiores por efecto de la gravedad, porque el corazón no podía dar la presión suficiente. Otros consideran que el Señor murió de infarto de miocardio; la hipótesis, del médico ingles Stroud, del siglo pasado, es compartida por algún médico moderno [Ricci]» (G. Dalla Nora, *op. cit.* 34).

Con la más absoluta certeza podemos afirmar que el Hombre de la Sábana no sólo estaba clínicamente muerto, sino que, si se puede decir, había sido herido como para morir más de una vez.

Ricci, describiendo las investigaciones experimentales escribe precisamente que «en estos casos, la sangre hinchaba la bolsa pericárdica de modo que anulaba el espacio pléurico, y cuando con el bisturí se abría el pericardio, la sangre aparecía ya separada en dos elementos: arriba el plasma, que por peso especifico flotaba encima, y debajo el elemento corpusculado de la sedimentación –incluso después de una hora–. De aquí la hipótesis del médico inglés William Stroud de la muerte de Jesús por una fractura del corazón.

«Clínicamente, esta hipótesis explicaría la salida *inmediata y diferenciada* de sangre y agua de la que nos habla San Juan. En algunos casos bien diagnosticados, en el momento de morir, a causa de la fractura del corazón, el moribundo daba algunos gritos y después de uno o dos minutos, venía la muerte. En el caso de Jesús, su muerte fue precedida por un gran grito, después inclinó la cabeza y rindió el espíritu. Este gran grito, inconciliable con el estado de asfixia, puede coincidir con la fractura del corazón, mientras que la inclinación de la

cabeza sugiere un estado de momentáneo alzamiento de todo el cuerpo, como confirma el estudio geométrico de la Sábana Santa. Si la lanza hubiese golpeado un corazón intacto, la sangre se habría mezclado con el *agua* del pericardio, inundando el espacio pléurico, para salir *después* –y no ciertamente "al punto", como dice San Juan– por el costado abierto. En cambio, en la Sábana Santa, la salida de sangre y agua separadas está bien documentada y se presenta como un conjunto de manchas sanguíneas de intensa coloración, circundadas como de aureolas por el derramamiento final del liquido sueroso» (G. Ricci, *L'Uomo della Sindone è Gesù?*, Cammino, Milano 1985, 59-60).

A esta hipótesis ya nos habíamos referido, y, una vez más, *la Sábana Santa dice su palabra.* Al morir, apenas el tórax es desgarrado por el golpe de la lanza, (una herida de 5'5 cm de largo al nivel del quinto-sexto espacio intercostal), sale inmediatamente sangre y *agua*. Quedan todavía como objeto de discusión las varias tesis acerca del origen del suero observado por Juan –¿sudor pericárdico, hidropericardia, pericardia suerosa, líquido inflamatorio de naturaleza pléurica?– Lo cierto es que la presencia de aquel *agua*, es indiscutible en la Sábana, y que ha diluido la densa masa de sangre salida de la llaga del costado, difuminando los bordes.

Hace algunas horas que el sol se ha escondido detrás de las nubes densas que oscurecen el cielo, y se encontrará ya cerca de la línea del horizonte. Faltará poco para las seis de la tarde, y los escasos testigos cristianos de aquél increíble drama que han permanecido cerca del Crucificado, se mueven sólo atendiendo a la invitación apremiante de Nicodemo y de José de Arimatea. Los dos tienen razón: hay que darse prisa, porque las trompetas de plata que tocan en la explanada del templo no tardarán en repetir en el valle el aviso de que comienza el *séptimo día*, es decir el día consagrado al reposo sabático. Al tercer sonido, cualquier actividad laboral, incluida la sepultura de un cadáver, tendrá que cesar.

Obtenido el permiso, se procede diligentemente a separar de la Cruz el cuerpo inerte de Jesús. Se le lleva en brazos delante de la tumba nueva que José había hecho excavar para él en las cercanías del Calvario. No hay tiempo en absoluto para lavar el cadáver, reducido a una llaga, y completamente empastado de grumos de sangre y polvo. Mientras que José va corriendo a comprar al artesano más próximo una sábana, regresa Nicodemo cargado con cien libras –treinta kilos abundantes– de una mezcla de aromas.

Después, encima de una gran losa de roca, en el interior del sepulcro, extienden la Sábana y esparcen una capa de polvos resinosos y aromáticos. Después apoyan los restos mortales, que son también cuidadosamente cubiertos de mirra y áloe. La parte superior de la Sábana se dobla, siguiendo la costumbre hebráica, sobre la cabeza, el rostro y después hacia abajo a todo lo largo del cuerpo, hasta los pies de Jesús.

Alguno de los presentes, en atención a una antigua tradición medio-oriental, deposita dos monedas en los párpados. De nuevo la Sábana nos revela este pequeño secreto: aparece encima de los párpados cerrados la huella de las dos monedas. Los últimos estudios realizados revelan

que se trata de monedas acuñadas precisamente en tiempos del procurador romano que ha instruido el proceso a Jesús. Un elemento más a favor de la autenticidad de la Sábana Santa de Turín.

A continuación realizan un vendaje lateral en espiral, mediante tiras de tela, lo que permite que el tejido se adhiera mejor a los restos mortales, y envuelven la cabeza con un *sudarium* anudado detrás de la nuca. También esparcen el resto de los aromas por el sepulcro.

Un último saludo, con los ojos llenos de lágrimas. Y finalmente, empujada por los brazos robustos de los hombres, la gruesa piedra circular rueda dentro de su hendidura, *sellando* la tumba. Poco después, por orden de la autoridad, será asegurada mejor a la roca con fuertes fijaciones de hierro.

Regresan a casa rápidamente, porque ya es noche entrada. Durante todo el día, el viento del este, el *hamsin* o siroco no ha dejado de soplar, plegando la hierba alta de los prados, los campos cultivados de trigo y avena y moviendo ligeramente las ramas de los grandes árboles en plena floración. Así, junto a las nubecillas de arena fina y rosácea se mezcla otro polvo impalpable y perfumado, el de cien variedades de polen. El viento los transporta por el aire en torbellinos breves e irregulares. Se posan en el suelo por unos momentos y vuelven a volar. Una parte desciende sobre la superficie ondulada del Jordan y sobre las claras aguas del Lago Tiberíades. Lentamente, miles de granos de polen y arena confundidos entre sí se hundirán hasta depositarse en el fondo.

Puede parecer un detalle curioso y a lo mejor fuera de lugar esta historia del polen, que ha perfumado e invadido el aire, como cada primavera, en aquellos días de abril del año 30 d. C. Lo han respirado todos los participantes al proceso, a la condena y a la ejecución. Se ha infiltrado por todas partes, en los pliegues, en las fibras del tejido de lino que José ha llevado hace poco al sepulcro. En esta *historia* única y maravillosa, todo puede tener y tiene su importancia. Puede ser que una gran importancia.

6

El encuentro con la vida

¿Que sucedió hace millones de años, en el momento preciso en que la omnipotente voz del Eterno llamó de la nada al Universo? Hasta los más expertos especialistas en los grandes cálculos confiesan no saber cómo *describir* aquel instante. A menos que se haga novela en vez de ciencia.

Y ¿qué sucedió hace dos mil años, al final de la noche entre el sábado y el domingo de Pascua? El hecho es conocido: un crucificado, inerte y frío, muerto hace más de un día, estrechamente envuelto en una sábana, como cualquier otro cadáver de un palestino que hubiera recibido sepultura, en un momento se re-

anima y revive. Desde aquél preciso instante Cristo será *el Resucitado*. Ahora bien, ¿quien sino el mismo Hombre-Dios, que pudo morir, pero no ser sometido para siempre al poder de la muerte, quién sino El podría contarnos *desde dentro* el más increíble de sus milagros? ¿Quién puede hacer la crónica de lo que, bien entendido, debe llamarse *la resurrección de sí mismo*?

Por eso nuestras palabras parecerán el balbuceo de un niño, pues ya el misterio de una célula viva, que palpita y se reproduce, constituye un espectáculo impresionante. Podemos intentar imaginarnos lo que sucedió; pero al final, tendremos que admitir que nos hemos quedado en la superficie, mientras que la potencia divina actuó en las profundidades del Ser y dispuso según su voluntad de las más complejas e inmutables leyes de la naturaleza. Solo nos ayudan el insuficiente relato evangélico y la reflexión sobre las obras de Dios, es decir, la teología cristiana.

En primer lugar, hay que afirmar que Jesús, trágica e irreversiblemente acabado como *hombre*, seguía siendo el Hombre-Dios. El alma se había separado del cuerpo, ya que El, inclinando la cabeza, había gritado: «¡Padre te confío mi vida!». La suya había sido una muerte clínica en el más estricto sentido de la palabra, confirmada también con el golpe de la lanza que penetró hasta el fondo del corazón. Pero la divinidad –su *ser Dios*– que provenía a Cristo de la persona del Verbo, no se resintió, no podía resentirse de ningún modo por aquel drama. Durante la espera, cargada del misterio más grande de la historia humana, la persona del Verbo se mantuvo íntimamente en contacto con aquel cuerpo inanimado encerrado en la Sábana Santa, incluso siendo cuerpo y alma separados entre sí.

Dado que estamos tocando las cotas más elevadas de la teología, es más que normal que a veces parezca desfallecer nuestra mente. La persona de Cristo es una persona eterna. Es el Verbo eterno; así que no se podía disolver ni siquiera cuando no había unión del alma con el cuerpo de Jesús.

Intentaré explicarlo con las palabras de un sabio teólogo americano, W. Farrell: «es cierto, sin duda, que durante aquellos días Cristo estuvo realmente muerto; es decir, ya no era *un hombre*, porque un hombre no es ni *sólo* un alma ni *sólo* un cuerpo, sino un compuesto de las dos cosas. Y tal compuesto se había disuelto. El cuerpo muerto de Cristo era un cuerpo sin alma, pero por lo demás era exactamente el mismo de antes, todavía en posesión de la misma Persona, todavía unido a la Divinidad mediante aquella persona» (*Guida alla Somma teologica*, Alba 1958, vol II, 504).

La persona del Hijo de Dios –inmortal como el Padre– conservaba plenamente el dominio del alma y del cuerpo de Jesús de Nazareth mediante los cuales había vivido hasta ayer su espléndida y dolorosa experiencia humana. Podía resucitarse a sí mismo de los muertos, apenas quisiera. Y Cristo resucita. Porque Cristo era Dios.

¿Cómo apareció sobre la Sábana la imagen de Cristo? Cuando Cristo resucita en su cuerpo terrestre espiritualizado, y abandona la Sábana sobre la tumba, las huellas en ella son ya un hecho. La Sábana Santa es en este momento un verdadero y exacto *negativo*, único en su especie, que revelará su precioso secreto

solo al final del siglo XIX, en el laboratorio fotográfico del abogado Pia.

Podemos preguntarnos: ¿se fijó aquella imaginaron en un lento proceso que duró unas treinta y seis horas? ¿Se grabó en una fracción de segundo, en el mismo instante en el que el cuerpo del Señor se reanimó? ¿O, tercera hipótesis, la sabia omnipotencia de Dios se sirvió de los dos modos o de otros sistemas que no llegamos a adivinar? La ciencia hasta hoy se limita a esto: propone hipótesis e intenta *verificarlas* en el laboratorio, y pienso que nunca podrá ofrecernos más. Entre los elementos que tiene a su disposición o de los que podrá disponer en el futuro, le faltará uno, indispensable, que estuvo presente y fue determinante entonces: la intervención personal de Dios. ¿Quién podrá como El utilizar los secretos misteriosos de la naturaleza que El mismo ha ideado y creado?

Y, volviendo a las hipótesis: ¿La impresión en la tela se verificó como una *escritura* por un proceso vaporigráfico debido al efecto oxidante de los gases amoniacales que exhalaba el cuerpo del crucificado? En el estado actual de las investigaciones, hay pocos pareceres a favor de esta explicación.

¿Puede ser que la aparición en el tejido de la Sábana de una especie de calco de la figura humana que envolvía se debiera a la cualidad hemolítica del áloe y de la mirra sobre la sangre de Jesús, coagulada y extendida por toda la superficie del cadáver? Parecen más numerosas las probabilidades a favor de esta clásica tesis.

Así, Ricci habla de que «la Sábana puede considerarse una prueba del fenómeno de *fibrinolisis*. De hecho, *cuando esto sucede*, sigue leyes precisas, acordes con el tiempo de contacto, de modo que si no llega a 10 el número de horas, no se imprime el calco sobre la tela, o se hace de forma rudimentaria, mientras que si se supera ese número de horas, los regueros de sangre emborronan la tela por excesivo *ablandamiento de la fibrina*» (*Op. cit.*, 84-85). Refiere asimismo una afirmación del doctor Black, según la cual el fenómeno de la fibrinolisis es hoy bastante conocido y estudiado, *en sujetos expuestos a un stress salvaje.*

¿O en cambio, hipótesis más atrevida y –como se ha dicho– al límite de la ciencia-ficción, la clave estaría íntimamente conectada a los misteriosos *rayos mitogenéticos de Gurwitsch*, originados por la actividad normal de los tejidos orgánicos y capaces de ser proyectados en el ambiente circundante –en nuestro caso, la Sábana adherida al cuerpo de Jesús– en forma de *radiaciones secundarias residuales*? Esto equivaldría a decir que el influjo sobrenatural del Verbo sobre los restos mortales de Jesús no se limitó a parar el proceso de descomposición, sino que habría incluso potenciado la fuente de radiación, hasta conseguir registrar en la Sábana, con una objetividad *fotográfica*, el perfil de Cristo y cada detalle de su martirio.

Tendremos entonces que trasladar el tiempo de formación de las huellas al momento en que se reúnen el alma y el cuerpo de Cristo pensando, pues, que el Hombre de la Sábana Santa nos dejó su retrato, casi como mediante un flash prodigioso, al reanudar su actividad cardiovascular y respiratoria; es decir, exactamente en el instante en que resucitaba. Así, el doctor Jumper se declara favorable a la tesis de un relámpago de radia-

ciones como causa inmediata de la imagen. Radiaciones fotoquímicas, no necesariamente acompañadas de calor o de explosión de energía.

Se han aventurado también teorías sobre alguna radiación térmica como causa instrumental de las huellas de la Sábana, algo así como *una incandescencia parcialmente análoga al fuego por sus efectos.*

Una cosa es segura. Que en la hora preestablecida, objeto de una profecía repetida varias veces, Cristo se dispone a volver en medio de los vivos, con plenitud absouta de vida. Y su cuerpo, en el que quiere conservar al menos las cicatrices mayores de su martirio, vuelve a palpitar en la soledad del sepulcro. Es un cuerpo *glorificado*, un auténtico cuerpo humano, es más, el mismo recibido de su madre, pero totalmente lleno de vida divina, que dispone ahora de cualidades extraordinarias. ¿No entrará dentro de poco en el Cenáculo, aunque todas las puertas estén cerradas cuidadosamente?

Afuera, a dos pasos, separados de Él sólo por un muro corredizo, los soldados dormitan, convencidos de estar haciendo la guardia a un cadáver ya en estado de putrefacción. Nadie sospecha lo que sucede en el interior de la tumba, donde ha sido sellado el cuerpo de Jesús de Nazareth. De hecho, en la ciudad alta, los enemigos descansan; finalmente, sus deseos más profundos se han cumplido. Los mismos amigos del Maestro no saben nada; tampoco aquellas discípulas que quizás han pasado la noche velando, en espera de que surja el sol. Dentro de poco bajarán silenciosas por las calles que conducen a la colina de enfrente, a concluir un ritual de sepultura que ha quedado incompleto...

Un momento después, un terremoto que parece tener el epicentro en aquel sepulcro aterroriza y pone en fuga a la patrulla encargada de la vigilancia.

«Jesús recupera la vida y, libre de las leyes naturales, atraviesa, invisible para todos, la roca rosa con vetas blancas del más glorioso sepulcro de la historia» (G. Ricci, *op. cit*. 83).

Más resplandeciente de luz, y más transfigurado que en el Monte Tabor, para asegurar al mundo su victoria. Ahora, una humilde y común sábana, que ya sería una preciosa reliquia sólo por haber acogido entre sus pliegues el cuerpo mortal del Hombre-Dios, se ha convertido en la *Sábana Santa*. Las huellas que el Resucitado parece haber dejado intencionadamente, son la *fotografía* de aquello que Él ya había dicho con notable anticipo sobre sí mismo: «Tomad nota de todo lo que os digo. El Hijo del hombre –el que os habla– será abandonado a las manos de los enemigos que lo matarán, pero después de su muerte, resucitará al tercer día».

La presencia real de Cristo Eucaristía en medio de nosotros y en nosotros está garantizada por la fe en la narración de los evangelios. La Sábana ofrece al evangelio mismo y a la fe en el evangelio una garantía *más*, una garantía máxima, en la medida en que se demuestre que es auténtica. Si la fe es un don sobrenatural, que asiente a lo impalpable, aun sostenida por motivos naturales de credibilidad, la Sábana Santa es hoy y seguramente será más en el futuro, un *documento* concreto, tangible y disponible para efectuar

sobre él cuantos experimentos se quiera, *sobre la real humanidad de Cristo.*

Los viejísimos y retorcidos olivos que todavía hoy pueden verse enraizados en las tierras de Getsemaní son documentos del paisaje existente en el tiempo en que Jesús predicaba la Buena Nueva. Hace dos mil años que están a punto de secarse completamente, pero han revivido siempre gracias a alguna yema, a algún brote que cada año se ha ido abriendo paso en la corteza casi petrificada. Jesús vio estos olivos, y ellos le *vieron* a Él. Pero su testimonio es muy limitado, porque no son personas. El testimonio que los cristianos dan de Jesucristo es mucho más elocuente que el reservado a los viejos olivos de Getsemaní; nuestra fe es sustancialmente idéntica a la de los primeros cristianos, aunque haya llegado hasta nosotros a través de cien generaciones intermedias, lo que hace de nosotros testigos cualificados, aunque indirectos, de la historia de Jesús.

La Sábana Santa, en cambio, tiene un papel exclusivo, una importancia y una misión absolutamente única. Si se demuestra que es auténtica, será no sólo la más esplendida reliquia existente en el mundo, sino algo infinitamente importante: será la garantía visible, tangible, inatacable, de que el Verbo de Dios –descendido del Cielo para la salvación de los hombres, encarnado en el vientre de la Virgen María por obra del Espíritu Santo, como recitamos en el Credo– se ha hecho verdaderamente uno de nosotros, en el hombre llamado Jesús. Y de que tuvo la *fisonomía* psicológica y moral que aparece en la atenta lectura de los evangelios, los rasgos que aparecen en el *autorretrato* de la Sábana. Y de que fue crucificado por nosotros bajo Poncio Pilatos, y fue sepultado con esta Sábana Santa, y fue resucitado y ascendido al Cielo, sentándose a la derecha del Padre, cumpliendo así lo que preanunciaron los profetas, las promesas de Dios, los anuncios hechos por Jesús mismo.

Todo esto tiene el valor de un testimonio escrito con letras de sangre, en esta Sábana que envolvió por unas treinta y seis horas el cuerpo del Hombre; testimonio unido indirecta pero válidamente al único milagro, el más impresionante realizado por Jesús en su favor y de acuerdo con su solemne afirmación: «yo doy mi vida para recuperarla nuevamente; nadie me la quita, sino que yo la entrego libremente, y tengo poder para darla y para recuperarla» (Jn. 10, 17-18).

Los numerosos y complicadisimos problemas, relacionados sobre todo con la elaboración de una imagen tan perfecta y con la conservación de la misma en medio de toda clase de circunstancias difíciles a lo largo de los siglos, han sido resueltos con una *facilidad* que lleva el sello exclusivo de la Omnipotencia Divina. Jesús, que prometió estar con nosotros todos los días, hasta el fin del mundo, lo cumplió de un modo indudablemente cierto, con su presencia eucarística; y encontró también el modo de estar cada día a nuestro lado, con la presencia entre los hombres del Hombre de la Sábana Santa.

7

La prueba que convenció a Juan

María de Magdala acaba de llegar a casa de los amigos y, con la respiración entrecortada por la emoción, les cuenta que la tumba donde la otra noche depositaron el cadáver del Maestro ya no está cerrada por la pesada rueda de piedra: «¡Se han llevado el Señor! Y ¡quién sabe dónde lo habrán escondido!»

Superado el primer instante de sorpresa, obedeciendo a su naturaleza impulsiva, Pedro se levanta y se pone en camino. A su lado va Juan.

El más joven de los dos será también el más rápido y el primero en asomarse a la entrada de la tumba excavada en la ladera de la colina. No hay ni rastro de Jesús. No entra, pero su mirada se dirige enseguida hacia la losa sobre la que, con sus amigos, depositaron a su Maestro. «Sus ropas –escribe más tarde– estaban allí, en el suelo».

Ha llegado Pedro, que entra rápidamente; efectivamente, las vendas están por un lado; la Sábana plegada sobre sí misma, junto al paño que ha servido como sudario...

Juan está observando cada detalle. Reflexiona. Tiene un nudo en la garganta y, mientras se acerca a Pedro, comprende de repente que Jesús *tiene que haber* resucitado verdaderamente.

¿Por qué? –nos preguntamos–. Puede que esté aquí, en estas pocas líneas del Evangelio, absolutamente simples en apariencia, el motivo de aquella repentina *conversión* del más joven de los Apóstoles a la fe absoluta en la resurrección de Jesús.

[El autor propone seguir una interpretación de Jn 20,5-9, analizando el sentido de algunas palabras, como *keimena* y *entetuligmenon,* en el texto original griego, con lo que adquieren un significado más convincente las palabras del evangelista, que *vio* cómo estaban las cosas y *creyó*]

Mentalmente él debió revivir la escena final de aquel trágico viernes: «aquí encima depositamos el cuerpo del Señor, después de haberlo recubierto con *esta* sábana, asegurada con *estas* vendas; el rostro se lo cubrimos con *este* paño, anudándolo detrás de la cabeza; así es como lo dejamos». Juan está seguro. Pedro no estaba el otro día, pero *él sí*. Puede dar testimonio mejor que nadie.

Ahora sobre la superficie de la tumba están la Sábana, las vendas que la envolvían y el sudario. Todo en regla, salvo que el cuerpo ya no está. «Pero la Sábana está *como doblada sobre sí misma y suelta; y lo mismo las vendas*; y el sudario que habíamos atado en la cabeza del maestro está exactamente en la misma posición que la otra noche. Nadie lo ha soltado... Todo el envoltorio conserva incluso por algunos sitios como la forma del cuerpo. ¿Cómo ha podido salir el Maestro, sino espiritualizando su propio cuerpo y luego resucitando verdaderamente, como nos había dicho, aunque nosotros no lo hubiésemos entendido?»

Pero, atención: cuando decimos «espiritualizando su propio cuerpo» no queremos afirmar que ese *cuerpo* se trocó en *espíritu*, sino que adquirió cualidades propias y exclusivas del espíritu; como, por ejemplo, la *sutilidad*, es decir, el poder atravesar por un instante otro cuerpo sólido, como ocurrió más de una vez al pasar Cristo resucitado por puertas cerradas, entrando en el Cenáculo.

De repente Juan *comprende*; es el primero en asumir la idea, la realidad sorprendente, de que Jesús ha resucitado. *Ve* la Sábana Santa todavía sellada, pero ya sin su precioso contenido, y *cree* que Jesucristo ha salido *espiritualizando* su propio cuerpo resucitado.

Seguirán los días tranquilos de los encuentros con el Resucitado, en las orillas del Lago Tiberíades, en el camino de Emaús y en Galilea. Los días junto a María la Madre, en el Cenáculo, después de la ascensión de Jesús. Los días del renacimiento, como individuos y como grupo, bajo el influjo del Espíritu.

Pero la historia de la Sábana prosigue desde aquella primera mañana de Pascua. La Magdalena corre al Sepulcro en compañia de una amiga –habían ido antes a comprar los aromas– para ungir el cuerpo del difunto, lavarlo con siete abluciones y cortarle el cabello y la barba. Al mismo tiempo, por otra calle, van los soldados aterrorizados: tienen que decir al responsable del Sanedrín lo que ha sucedido allí.

Mientras se entrecruza el ir y venir de personas –los discípulos de Jesús, sus enemigos, poderosos y verdaderamente preocupados, los curiosos que nunca faltan–, me parece lícito preguntarnos qué habrá sido de la Sábana Santa, las vendas y el Sudario que el Resucitado ha abandonado en el sepulcro.

Alguna de estas dos hipótesis puede ser cierta: que el material *comprometedor* fuera secuestrado por las autoridades religiosas o por las civiles. O bien que alguno de los Once apóstoles, de las discípulas o de los demás simpatizantes de Cristo hiciera desaparecer rápidamente la Sábana y todo lo demás. Me parece ésta la hipótesis más atendible: «se nos han llevado al Maestro... ¿No bastaba la espina en el corazón de anteayer?... ¿Qué esperamos para poner a salvo al menos estos pocos recuerdos que nos quedan de Él?»

Tenemos el hecho de que, pasado el largo período de tiempo de persecuciones y prisiones de que fue objeto la Iglesia naciente, la voz de la tradición resurge de su largo y comprensible silencio y nos informa de que «la Sábana Santa fue confiada a la custodia del siervo del sumo sacerdote del Templo de Jerusalén»; pocas y misteriosas palabras que Jerónimo ha encontrado en el Evangelio apócrifo *según los hebreos* (Jerónimo, *Uomini Illustri*, Siena 1965, 36 [= *De viris illustribus*, obra del año 393]).

Esta información obviamente nos sorprende. ¿Se trataba de un oficial cualquiera del tribunal que, entre los muchos *cuerpos del delito*, daba de vez en cuando una ojeada a aquel paquete de cosas marcado con una etiqueta: «Sábana, sudario y vendas del condenado a muerte y ajusticiado en cruz, Jesús el Galileo». ¿O bien, considerando la primera hipótesis, la indiferencia del guardián era solo fingida, puesto que habiéndose convertido en secreto, él veía en la Sábana la reliquia

más preciosa que, después de la Buena Nueva, Cristo había dejado de sí a sus hermanos?

Aceptando la fuente propuesta por Jerónimo, esta segunda hipótesis es creíble, porque de ella se deduciría que fue el Señor mismo quien *eligió* para la Sábana aquél guardián provisional, fuera de sospecha. Con el paso del tiempo, calmada la tormenta y cesada la persecución contra los cristianos, el mismo guardián o quien estuviera en su puesto habría transferido la sagrada Sábana, desde los sótanos de la sinagoga, a manos y lugar más seguros.

También aquí, como en tantos otros casos, las tradiciones que de padre a hijo transmiten a través de las generaciones los episodios y nombres unidos a un hecho lejano se muestran como los más preciosos aliados de la historia. Es cierto que a veces la fantasía popular puede haber coloreado con elementos totalmente imaginarios el núcleo de un determinado hecho real; en tal caso la realidad se ve revestida de leyenda. Pero no se debe caer en el error opuesto, de tomar por leyenda cualquier información que llegue por vía de la tradición. Además del hecho de que probablemente no hay leyenda que no haya nacido de un granito de verdad, no es difícil eludir la que sea dudosa, sin poner en duda otras que tengan suficiente fundamento.

Hay de hecho historias que hunden sus raíces en la más oscura noche de los tiempos y que no han transmitido ningún indicio concreto en favor de su autenticidad original. Como la de que las aguas del Rhin guarden el oro de un tesoro fabuloso, o que Teodorico fuera arrojado a un volcán por un caballo infernal. Éstas pertenecen al género de recuerdos del pasado que escapan a un control real y que por eso probablemente nadie se atrevería a distinguir de la pura leyenda. De ellas queda en la práctica la pura información.

Pero en Turín *tenemos* la Sábana delante de nuestros ojos y bajo aquellos más penetrantes de los más sofisticados aparatos científicos: muy frágil en su consistencia material, pero sólidamente garantizada por *muchas y extraordinarias coincidencias con las voces de la historia, de la tradición y de los Evangelios.* Aunque confiada la Sábana, diríamos, en las primeras horas de su *nacimiento* a los cuidados de anónimos creyentes y a la palabra de la tradición, reúne en sí misma una importante serie de certificados de autenticidad que hoy le reconocen las distintas ciencias y el testimonio *de primerísima mano* del polen fósil, palestino o no, encontrado en ella por Max Frei. Y a esto se podría sumar enseguida una sólida documentación histórica.

Por eso, en lo que se refiere a la Sábana, si para sus primeros siglos las fuentes históricas escritas se tienen que cambiar por sus parientes más pobres, pero más cercanos, las tradiciones orales, podríamos sencillamente resolver la cuestión con un genérico veredicto de *leyenda*. Sin embargo, ninguna *invención* legendaria ha tenido nunca tantos certificados de garantía, orales y escritos. Y sobre todo, ninguna *invención* legendaria ha podido jamás soportar los apretados *interrogatorios* a los que –afortunadamente– la mentalidad moderna lleva sometiendo desde hace años a la Sábana de Turín.

Teniendo en cuenta, pues, que de la tradición oral nos bastarán sus contenidos, siempre verdaderos en alguna medida, sin entretenernos en los añadidos de la fantasía popular, podemos recoger algunos de estos testimonios.

Por ejemplo, se cuenta que el mismo Nicodemo –uno de los hombres presentes en el rito de la sepultura de Jesús– tomó y escondió la Sábana Santa y otras reliquias de la Pasión, en Pella, una ciudad del dominio de Agripa, y que hacia el año 100 llevó de nuevo la Sagrada Sábana a Jerusalén.

También se puede citar la narración de las llamadas *Acta Pilati*, del siglo II. En esa presunta reconstrucción no del proceso de Jesús sino de su resurrección, se habla también de la Sábana Santa y de los otros lienzos encontrados en el sepulcro de Cristo. Escritores cristianos bien objetivos, como Justino, Tertuliano y Eusebio, la tienen en cuenta, por lo que algo de verdad en principio debe de tener.

Tenemos también información de que, después del edicto de Constantino (Milán, 313), los cristianos pueden ya venerar, con una cierta tranquilidad, las *reliquias de la Pasión*. Y de nuevo encontramos a Jerónimo, que, viviendo sobre el 400 cerca de Belén, pudo recoger la creencia de que

«la Sábana, custodiada al principio por Marco, siervo del pontífice Caifás, se encuentra con otras reliquias de la pasión de Jesús en una iglesia de Jerusalén, sobre el monte Sión»

Y Baronio, «docto intérprete de la tradición cristiana, afirma sin dudarlo en sus *Anales* que "todos los instrumentos de la Pasión de Cristo y las *reliquias de su sepultura* quedaron entre los cristianos, venerados como trofeos de su victoria y como fuente perenne de gracia y de milagros"» (Judica-Cordiglia, *op. cit.* 19-20).

En el año 570 consta la presencia de la Sábana Santa «entre los muros de un convento en las orillas del Jordán», aunque «con gran secreto», por el fundado temor a algún acto vandálico.

Hay varios motivos que justifican las *desapariciones* de la Sábana en esos siglos primeros:

–en los ambientes judíos se consideraría una simple pintura, por lo que sus poseedores podrían verse acusados de *idolatría*, por violar la severa prohibición bíblica de Ex. 20, 1-6;

–también pendía sobre ellos la acusación de *impureza legal,* puesto que la ley judía castigaba duramente a los profanadores de sepulcros y a quienes estuviesen en contacto con ropa que hubiera pertenecido a un cadáver;

–influiría asimismo la antigua controversia teológica; podría cobrar fuerza la doctrina de quienes sostenían que Cristo había tenido una humanidad solo aparente: y un espíritu puro no deja restos de sangre...

–finalmente, también podría deberse a una razón contraria, la devoción a la Sábana y la *caza de reliquias* que se hizo tan preocupante que indujo a más de un obispo a frenar, con la amenaza de excomunión, el celo indiscriminado, no siempre desinteresado, de mercaderes, cruzados y peregrinos.

Esta información va pasando a los distintos países europeos, por los peregrinos y mercaderes que regresan de Tierra Santa. Un obispo español, en una carta del año 626, habla de la Sábana Santa con el entusiasmo que solamente las cosas verdaderas pueden suscitar.

Dando una ojeada a la antigua crónica de Arculfo, atento recopilador de memorias, podemos saber que en el año 688 era posible venerar la Sábana Santa en Jerusalén. Hay que señalar que, cuando siglos más tarde se comprenda el porqué de ciertas interpretaciones de antiguos pintores bizantinos, que a primera vista podían aparecer extrañas, la autenticidad de la Sábana Santa se confirma también por aquella ingenua pero fiel forma de *tradición*. Los artistas de entonces, de hecho, nos transmitieron lo que habían visto ellos mismos, o lo que los afortunados visitantes de la Sábana habían descrito al verla expuesta en una iglesia o guardada en un escondite secreto.

La liturgia que se usaba en Francia antes de Carlomagno cantaba en la misa pascual un himno a Cristo y a sus «reliquias». Un documento del final del siglo XI asegura que en los Santos Lugares se veneraba un lienzo de lino de «más de ocho pies», en el cual estaba impresa una imagen de Jesús. ¿Cómo podrían no sentirse conmovidos y al mismo tiempo preocupados los cristianos de Europa, al pensar que aquella sublime reliquia estaba expuesta a todo tipo de peligros al otro lado del mar?

8

960’8 grados: ¡punto de fusión!

Desde hace varios siglos, Palestina y Jerusalén, con sus *Santos Lugares*, santificados por la vida, muerte y resurrección de Cristo, no están ya en manos de los judíos ni de los cristianos. Sobre toda la región del Medio Oriente domina inexorablemente la nueva religión del Islam. Se organizan, como sabemos, distintas expediciones de Cruzados, que se proponen liberar y proteger al menos el área del sepulcro. Si bien no siempre tienen éxito, ofrecen a miles de peregrinos una oportunidad maravillosa para aquellos tiempos: poder visitar el país de Jesús.

Los galeones de las repúblicas marineras hicieron viajes entre Pisa, Génova, Venecia y la otra orilla del Mediterráneo, los puertos de Chipre, Famagosta, Limasol, Tolemaida. Iban cargados no sólo de tropas y de armas, sino también de mercancías y botines de guerra, además de una variopinta multitud de devotos y aventureros, de santos y de penitentes. Gracias a alguno de ellos, convertidos en cronistas ocasionales, podemos conocer otras informaciones útiles para unir los eslabones de la famosa cadena entre la historia propiamente dicha de la Sábana Santa y su tradición oral, escrita o documentada de algún modo.

De este modo, sabemos que durante el saqueo de Constantinopla, sucedido en el curso de la IV Cruzada [1202-1204], la Sábana Santa desapareció de la ciudad por motivos de seguridad. También en Constantinopla la pudieron venerar –«precisamente en la capilla de Santa María en el barrio de Blachernæ»–, el rey de Francia Luis VIII y otros visitantes notables, como Guillaume, arzobispo de Tiro, y Amanry, rey de Jerusalén.

Durante algún tiempo, el pueblo tuvo la fortuna de asistir cada viernes a la ostensión pública de la Sábana Santa. Después, con el asedio y toma de Constantinopla por los sarracenos, la reliquia más preciosa del sacrificio de Jesús fue confiada de nuevo a manos seguras –probablemente dentro de los sólidos muros de un convento– y permanece en clandestinidad hasta que reaparece a la luz del sol, más allá de los Alpes, exactamente en Italia y en Francia.

En 1353 la Sábana Santa llega a Turín por primera vez durante un período de tiempo bastante breve. Comienza en este momento *su vida histórica* en el sentido más riguroso y moderno del término: desde entonces, cada cambio y cada hecho relacionado con ella, será escrupulosamente registrado y, en consecuencia, documentado.

En aquellos años se desata una grave controversia: Pierre d'Arcis, nuevo obispo de Troyes, envía un memorial al antipapa Clemente VII, en el que declara tener las pruebas de que *aquel paño*, es decir, la Sábana Santa, estaba *pintado artificialmente*. Y como sucede a menudo, la mala fe o la sugestión no encontraron ninguna dificultad para descubrir incluso al artista autor de la patente *falsificación*, que habría sido realizada hacia los años cincuenta-ochenta del siglo XIV.

Esta impugnación presta un gran servicio a la causa de quien sostiene que la autenticidad de la Sábana Santa de Turín, está garantizada mediante pruebas y contrapruebas. Por otra parte, el ataque movido por Pierre d'Arcis duró más bien poco y se desinfló solo, puesto que apenas seis meses después una bula pontificia volvió a convalidar la creencia tradicional, permitiendo de nuevo el culto público de la Sábana Santa.

[De la historia de la Sábana, resumida por H. Leclerq en *Suaire* del *Dictionnaire d'archéologie chretienne et de liturgie,* t. XV, pueden extraerse los siguientes datos (*Cfr.* J.-M. Maldamé, *¿Qué pensar de la Sábana Santa?*, Mensajero, Bilbao 2000, 20-27):

–A mediados del siglo XIV Godofredo I de Charny fundó una colegiata en Lirey, diócesis de Troyes, a la que cedió una reliquia de la Pasión, generalizándose el culto a ésta. Posteriormente intervino el obispo de Poitiers, reuniendo una asamblea de teólogos que concluyó que la tela expuesta nunca había envuelto el cuerpo del Salvador. Incluso se llegó a descubrir al artista, que confesó de plano que él había hecho la Sábana. Se prohibio su exhibición.

–En 1356 Godofredo II, hijo del anterior, pidió autorización al legado del papa para restaurar la devoción. El legado le permitió la exposición de la Sábana. El nuevo obispo de Troyes, Pierre d'Arcis, intervino prohibiéndolo de nuevo. Los canónigos desobedecieron. Se recurrió al papa, que entonces residía en Aviñón, ante el cual expuso el obispo sus argumentos. El papa Clemente VII confirmó el permiso concedido por su legado, aunque precisando las condiciones para exponer-

la; debía advertirse a los fieles que no era el verdadero lienzo que recubrió el cuerpo de Jesucristo, sino una copia o representación del mismo.

–En 1453 Margarita de Charny cede la Sábana a Luis I, duque de Saboya, quien la lleva al castillo de Chambéry.

–En 1578 el duque de Saboya, Enmanuel Filiberto, traslada la Sábana a la nueva capital, Turín.

–En 1670 la princesa Margarita de Saboya obtiene permiso para que los fieles puedan renovar su devoción por esta reliquia].

De vez en cuando se registra algún movimiento de hostilidad, o si se prefiere de excesiva prudencia por parte de alguno –según ha dejado escrito un observador del siglo XVI, Antoine Lalaing, señor de Montigny, que tuvo ocasión de asistir a la ostensión hecha en Pont d'Ains– que, para quitar todo resto de duda, habría sometido la Sábana Santa a limpiezas radicales, hasta incluso hervirla. Pero puede ser que nos hayan informado más de sus intenciones y sugerencias, que de hechos.

La historia de las aventuras por las que sigue pasando la Sábana Santa se hace en adelante más densa, y multiplicar aquí nombres y fechas, sería interesante, pero por otra parte aburrido. Nombrando al señor de Montigny hemos llegado al siglo XV, por tanto a la víspera de aquel terrible incendio de Chambéry, infinitamente más peligroso que todas las pruebas a las que la Sábana Santa, como testigo silencioso y elocuente de la victoria de Cristo sobre la muerte, había sido sometida anteriormente.

Durante la llamada *Guerra de los Cien Años*, y en particular entre 1418 y 1438, a causa de las invasiones inglesas del suelo francés, había sido necesario cambiar continuamente la Sábana Santa de una localidad a otra. Finalmente, llega al ducado de Saboya, a Chambéry. En un pintoresco y fértil valle alpino se levanta el castillo y dentro el duque coloca solemnemente la Sábana Santa, en una espléndida capilla, detrás del altar, a la derecha. Estará segura incluso en caso de guerra, ya que es muy difícil asaltar semejante fortaleza. La misma *sainte chapelle*, de hecho, se encuentra en el interior de una torre cuadrada muy sólida y protegida con gruesas puertas enrejadas. No hay que temer posibles represalias o ataques por parte de los miembros de una cercana secta valdense. Allí estará segura, a menos que entre en acción el más engañoso, el más violento e irresistible de los enemigos, el fuego.

1532. En la noche del 3 al 4 de diciembre, mientras la pequeña ciudad y la segura fortaleza de Chambéry duermen, empieza la tragedia. ¿Una vela mal puesta en el candelabro? ¿Una lamparita colocada muy cerca de las telas que adornan el coro donde los canónigos suelen cantar laudes y vísperas? Lo cierto es que el fuego comienza a propagarse desde allí al primer material inflamable que encuentra cerca –y casi todo es inflamable–. En un principio, carboniza lentamente los sitiales del coro, de madera de nogal. Después, las primeras lenguas de fuego serpentean en el vacío, se levantan crepitando y avanzan en dirección a la sacristía. Tapetes y telas se queman enseguida. El aire ya se ha hecho irrespirable, la temperatura aumenta a medida que las llamas devoran todo lo que es de made-

ra: bancos, reclinatorios, marcos de las puertas.

Allí detrás, en la hornacina cercana al altar, la preciosa reliquia parece no correr ningún peligro, porque se encuentra guardada en una gran urna de plata. Parece inatacable, siempre que alguien se dé cuenta a tiempo del incendio.

150-200 grados de calor. Uno tras otro las vinajeras y los jarrones de cristal estallan, se agrietan las ánforas de yeso y los estucados que decoraban el interior.

300 grados. Comienzan a ceder los emplomados que unían los cristales policromados, saltando uno tras otro los ventanales y vidrieras.

Alguien oye el ruido de los cristales al romperse y caer al suelo. Piensa primero que son ladrones sacrílegos, pero el humo que proviene de la sacristía y un alarmante resplandor le revelan la verdad. Rápido, ¡hay que tocar la campana! Y aquel desesperado repicar a martillo despierta por sorpresa y reúne en torno a la torre del palacio ducal a un centenar de personas, comenzando por los inscritos en la cofradía del Santo Sudario.

Cuando se es víctima de la angustia, no es fácil organizar los trabajos para apagar el fuego, y la temperatura alcanza pronto los 400-500 grados.

Alrededor de los 600 grados empiezan a deformarse hasta los pesados candelabros de cobre, construidos especialmente por los hábiles artesanos de Chambéry para adornar la capilla.

650 grados. Se derriten como si fueran de cera los platillos para la comunión, que están hechos de aluminio recubierto de una delgada capa de zinc.

Mientras tanto, las personas reunidas en el patio proponen medidas sin sentido, lloran y rezan en silencio, temiendo que se haya causado un daño irreparable a la Sábana. Llega al exterior el ruido de los mármoles que, al fundirse las grapas de hierro que los sujetaban, caen de las paredes, pulverizándose en el suelo.

800 grados. Empiezan a retorcerse las gruesas lámparas y las mismas rejas, mientras que las barras de hierro que sostienen algún peso se pliegan peligrosamente. Todo cruje en aquel infierno que calienta e ilumina siniestramente la noche de diciembre. Verdaderamente parece como si una potencia infernal alimentase el fuego, desahogando la rabia satánica contra el testimonio que pretendía exaltar en los siglos venideros la acción del Redentor.

Si unicamente hubiera que decir que la capilla había sido destruida y el castillo quemado, sería lo menos importante. Lo que todos se preguntan afuera, con un nudo en la garganta, es qué habrá pasado con la Sábana Santa.

900 grados. El cofre de plata donde se encuentra depositada la Sagrada Sábana, doblada cuadrangularmente, está incandescente. Un tremendo fuego cegador va conquistando una a una las moléculas que componen el cofre. En los lugares en que las llamas atacan con mayor furia y por más tiempo, al alcanzar los 960 grados, la plata toma una consistencia extremadamente blanda. Luego comienza a caer en gotas sobre la Sábana, carbonizando en varios puntos el tejido.

Después de algunos momentos, llegan algunos hombres, dirigidos por el consejero del duque, Filippe Lambert, por

detrás del humo que se ha expandido. El agua echada a las llamas, al liberar grandes nubes de vapor, consigue poner freno a la furia del fuego, que queda reducido a algunos focos. ¿Habrán llegado demasiado tarde? En cuanto es posible, entre chorros de agua y el corazón palpitante de todos, un cerrajero y su ayudante consiguen abrir el cofre, y, con el suspiro de alivio que podemos imaginar, constatan, en presencia del arzobispo, que la Sábana

> «estaba casi intacta, salvo en los pliegues y, más exactamente, en los cuatro ángulos –la tela estaba doblada en varios pliegues–, donde la plata fundida había caído, provocando las quemaduras que en la tela extendida parecían encuadrar, por así decirlo, la imagen anterior y la posterior del Hombre que en ella se había envuelto». Y un testigo ocular añade: «Este hecho lo vimos claramente todos, estando yo presente en aquel momento, y quedamos sorprendidos» (Judica Cordiglia, *op. cit.* 32).

La investigación ordenada por las autoridades eclesiásticas concluye con el atestado de que la Reliquia no ha sido destruída por el incendio. Es necesario, no obstante, proceder a su restauración en las zonas donde ha sido alcanzada por el metal fundido. Por fortuna, mejor dicho, providencialmente, la figura no ha sido dañada en ninguna parte que pueda considerarse principal, salvo en los dos brazos, un poco más arriba de los codos.

Las más expertas de entre las monjas de Santa Clara, bajo la guía de la priora sor Louise, proceden a remendar la Sábana Santa, con paciencia y cuidado. En el coro del monasterio, acompañando cada puntada con una oración, se parecen a aquellas otras piadosas mujeres que en la noche del Viernes Santo, en el Sepulcro, acariciaron con manos temblorosas la Sábana que envolvía el cuerpo martirizado del Maestro. Para garantizar que la reliquia quedara incólume y para rendirle honores, están presentes cuatro guardias del duque. Y una vez reparada debidamente, la Sábana Santa es restituida al señor de Chambéry.

Como hemos dicho, resultaría demasiado prolijo relatar aquí todas las vicisitudes por las que la Sábana Santa ha pasado a lo largo de los años, al ser trasladada de uno a otro lugar seguro en cuanto se tenía noticia de guerras, deportaciones o saqueos, tan frecuentes en las épocas pasadas. Únicamente daré cuenta de otro episodio relevante, que explica por qué la Sábana es trasladada a Italia.

San Carlos Borromeo, cardenal de Milán, había hecho voto de ir a Chambéry para venerar la Sábana Santa. Pero una peregrinación de este tipo, en otoño avanzado y a través de los pasos alpinos, habría resultado ciertamente muy extenuante para el prelado, que todavía no era anciano, pero sí de salud delicada. Por esa razón, el duque Enmanuel Filiberto, dispone que la Reliquia se traslade secretamente a Turín, por pocos días, según se dijo entonces. De ese modo, la peregrinación del cardenal, desde Milán a la capital piamontesa, se redujo a una marcha de cuatro días, no puede decirse que fácil, pero sí bastante menos fatigosa.

Después de la pública exposición en un palco construido en la famosa plaza del Castillo, la Sábana Santa se quedó definitivamente en Turín, en la Capilla Palatina, a lado de la Catedral. Allí, bajo

la genial cúpula diseñada por G. Guarini, ha pasado la Sábana Santa los últimos años, desde 1578 –aunque con un breve paréntesis durante la segunda guerra mundial, en que estuvo escondida en el monasterio benedictino de Montevergine–.

9

Gracias, *monsieur* Delage

Una copia de la primera foto *misteriosa,* revelada en 1898, llega casualmente a manos de un científico francés, Ives Delage. Era un científico *en estado puro* o, para entendernos, un hombre de ciencia, y, como él mismo precisaba, *no de iglesia*. Ciencia y fe pueden muy bien estar de acuerdo, y no son pocos los estudiosos de fama mundial que creen firmemente en Dios. Estos investigan desde su fe tanto el mundo extremadamente pequeño de las partículas subatómicas y de las células como el de la inmensidad del cosmos, que guarda los secretos de las estrellas gigantes, de los años-luz y de los espacios ilimitados.

Delage en cambio es libre pensador, de hecho ateo, o al menos agnóstico. Del todo autónomo e independiente, siente una atracción irresistible por la ciencia, sin sospechar que a menudo Dios se esconde en cualquier esquina, esperando encontrar a quien tenga sed de la verdad. Es un personaje de relieve, bien preparado y digno de todo respeto en el campo de la biología general, de la zoología, de la biomecánica y de la fisiología experimental. Y tiene una mente lúcida, con la capacidad de *llegar al fondo de las cuestiones* y además el coraje de llamar al pan, pan y al vino, vino.

El día en que llega a sus manos la fotografía del *hombre de Turín*, del que tanto hablan todos, el doctor Delage la analiza con su mirada investigadora, con una curiosidad cada vez mayor. Primero observa la imagen de la Sábana Santa tal y como se presenta en realidad: fondo claro, impronta oscura. Después analiza el cuerpo humano que se destaca sobre el fondo de la fotografía de la Sábana. Vuelve varias veces a mirar aquel rostro majestuosamente sereno, y piensa para sí:

«Me parece que esta fotografía es verdadera, sin el menor retoque… La imagen que la Sábana Santa ofrece al visitante se diría que es un *negativo*. De hecho, las zonas en relieve, por ejemplo la nariz, los párpados cerrados, los pómulos, están obscuras, y en cambio las partes hundidas están claras… La fotografía, cambiando entre sí las luces y las sombras, me presenta una imagen humana increiblemente nítida, con una perfección anatómica y una belleza de formas que no me hubiera imaginado nunca antes de verla... El cuerpo de este hombre, que hasta hace un momento parecía misterioso e incomprensiblemente *impreso al revés,* tiene una figura perfectísima. Y este rostro, no puedo negarlo, es verdaderamente sorprendente» Y –continuando con su meditación de laico– «Dicen que éste es el rostro de Cristo. Yo no lo sé; pero no sé tampoco a qué otra persona puede pertenecer. Y si lo comparo con los retratos de Jesús que desde el Renacimiento han realizado los mejores pintores... éste los supera a to-

dos… Es por todo esto por lo que quiero saber cómo ha podido formarse esta imagen».

En efecto, es muy normal que un científico tenga como objetivo fundamental descubrir la causa de las cosas, encontrar su autor. *Si existe* la tierra, el cielo, el sol y las estrellas, *tiene que haber* alguien que ha creado el Cosmos. Nosotros lo llamamos habitualmente Dios, pero el nombre no es lo principal; en nuestra argumentación es más importante la *relación lógica entre el efecto existente y la causa que explica su existencia*. *Si hay* una flor en un jardín, *tiene que haber existido* bajo la tierra una semilla de la que ha germinado el tallo y el capullo. *Si hay* un puente, *han existido* por fuerza los arquitectos, los técnicos, los grupos de trabajadores que lo han realizado. Si se está escuchando un disco, alguien tiene que haberlo grabado.

Del mismo modo, *si existe* la Sábana Santa, tiene que haber *algo o Alguien* que la ha realizado, no cabe otra posibilidad. De la nada viene la nada, dice la sabiduría popular, y la filosofía confirma solemnemente que *no se da ni un solo efecto sin una causa proporcionada*. Es lógico además que cuanto más grande es el efecto, tanto mayor tiene que ser la causa; cuanto más complicados sean los problemas que plantea el efecto, tanto mayor tiene que ser el poder de su causa, que supo resolverlos todos; cuanto más ordenado en sus detalles y armónico en su conjunto se presenta un efecto, tanto más inteligente y perfecto tiene que haber sido quien lo ideó.

En estas cosas piensa Yves Delage desde el momento que ha examinado la fotografía *en positivo* del hombre de la Sábana Santa. Luego habla con dos de sus mejores ayudantes Paul Vignon y René Colson y deciden trabajar juntos en el misterio que parece esconderse detrás de la Sábana Santa. Emplean un año y medio, no un par de días. Reflexionan, hacen hipótesis, las discuten a fondo, reconociendo con honestidad sus puntos débiles y finalmente llegan a un acuerdo sobre la *única solución posible*, sobre una conclusión necesaria: la Sábana de Turín es verdadera, aunque su misterio no está resuelto; *no puede ser obra de un falsificador*. No es un piadoso engaño; es más, *no parece que sea una obra humana*.

Era lógico preguntarse si la Sábana Santa guardada en Turín con la presunta imagen de Jesús no era en realidad un formidable y genial engaño. Delage y sus colegas, según la técnica de los más celebres detectives, se preguntaron: «¿Qué hubiéramos hecho nosotros para obtener la huella de un hombre en una sábana?» Y respondieron: «Habríamos cogido a una persona, y después de bañarla completamente en sudor y sangre o en determinadas sustancias colorantes, la habríamos depositado con cuidado en una gran sábana, doblada después hacia delante, según el uso de los antiguos hebreos. Seguramente bastase apretar el tejido, cuidadosamente, sobre toda la superficie del cuerpo…» Así lo hacen; después, despliegan el envoltorio de lino y… les espera una desilusión: la imagen que se imprime en el tejido es poco más que una mancha deforme, una *silueta* más bien basta, incluso grotesca.

Es necesario buscar otra hipótesis, quizás retomando una de aquellas ya des-

cartadas anteriormente como muy simples. Puede que la imagen de la Sábana Santa sea simplemente un cuadro. «¿Objeciones?» –se preguntan–. Ciertamente; y más de una. Puesto que en aquel año y medio de investigaciones se han documentado acerca de la historia de la Sábana, saben que hay noticias de ella plenamente atendibles al menos desde el siglo XIV. Pues bien, en aquella época, en Italia y entre los máximos artistas estaba el joven Giotto de Bondone y el viejo Cimabue; en Alemania el maestro Bertram; Beauneveu, Malouel y Bellechose en Francia. En el estilo de aquellos pintores, de entre el románico y el gótico, aparecen figuras indudablemente sencillas y frescas, rostros ingenuos, conmovedores; muy diferentes de la perfección anatómica que se lograría solamente algunos siglos después, en pleno Renacimiento.

Delage razona: «Si la imagen fuera un cuadro de un falsificador que hubiera existido en aquella época o en épocas precedentes –siglos XIII-XIV–, tendríamos que suponer que hubo un artista capaz de hacer una obra cuanto menos a la altura de los grandes pintores del Renacimiento y, cosa más extraña todavía, tendremos que explicar cómo un artista tan magnífico haya podido quedar totalmente ignorado… Y esto, que ya resulta bien difícil de creer respecto a la imagen pintada *en positivo*, resulta del todo increíble, si se considera que la huella del hombre de la Sábana Santa es una imagen *en negativo*: pintar una figura de ese modo, sin valor estético alguno, sin resultar nada agradable ¿qué sentido podría tener?... El falsificador habría sabido además, con un anticipo de medio milenio, que las generaciones futuras descubrirían el proceso fotográfico... Este genio sobrehumano lo habría calculado todo: "colocaré las luces y las sombras de tal modo que cuando se le aplique el revelado fotográfico, su inversión pueda mostrar la figura que se atribuye a Cristo". Y esto con una perfecta precisión, puesto que es sabido qué poco hace falta modificar en un rostro bello para obtener una caricatura; especialmente cuando *–como en el rostro de este hombre–* su belleza se debe a la expresión».

Hay que agradecer al doctor Delage y a sus colegas, como hombres y como científicos, la seriedad de sus estudios. Ayudan a dar respuesta a las primeras objeciones y parecen decir con su comportamiento de auténticos servidores de la verdad: «Sean siempre bienvenidas las objeciones, porque quien busca la verdad, tendrá que considerarlas como verdaderas aliadas; son como las lentes del microscopio; aunque sacrifican una visión fácil y preconstituida de la realidad, son indispensables para ayudarnos a escudriñar a fondo tantos problemas y misterios de la Creación».

Dando un salto hasta los años sesenta, la profesora Noemí Gabrielli, experta en historia y técnica de las artes figurativas adelanta una genial hipótesis. Para ella la Sábana no es una pintura, al menos en el sentido común de la palabra, puesto que los exámenes microscópicos no han mostrado en el tejido la presencia de aquél fondo hecho a base de materias aislantes y no absorbentes, llamado *imprimación*, que los pintores extienden siempre sobre la tela antes de empezar su trabajo; además, faltan las huellas direccionales de las pinceladas.

Según esta profesora, si no se admite una intervención milagrosa, el misterioso falsificador podría haber recurrido a los pinceles y a las pinturas no directamente sobre la Sábana Santa, sino sobre una tela aparte. Habría pintado el cuerpo de

un crucificado en otra tela convenientemente imprimada y extendida en un marco; después, mientras el *original* estaba todavía húmedo, lo habría puesto sobre la sábana, que se convierte así en la Sábana Santa. En otros términos, se trataría de un trabajo de calcado. Una figura humana normal calcada en una tela, habría dado lugar a la figura del hombre *en negativo* que está en la Sábana Santa.

A la interesante hipótesis de la profesora Gabrielli –que por otra parte, ella misma define como una *conjetura*–, no haremos más que algunas preguntas:

1ª.- El falsificador habría tenido que procurarse, para su perfecta artimaña, no una sábana normal, sino una sábana palestina. De hecho, hoy podemos verificar este punto comparándola con muestras de tejidos de la época, hace dos mil años, encontrados en Egipto y en Medio Oriente. No habría sido una empresa fácil conseguir –en el siglo XIV– un trozo de *aquella* tela de más de 4 metros, y además íntegra y no utilizada antes en pruebas semejantes. No obstante la dificultad, se puede admitir que haya sido posible conseguirla.

2ª.- El autor de la falsificación más fabulosa de la historia habría tenido que disponer –en aquel siglo– de algo más importante: el cadáver de un hombre horriblemente azotado, coronado de espinas, crucificado de modo perfecto –como lo prueba el detalle del agujero de Destot– y con el pecho atravesado por una gruesa lanza. Lo habría necesitado para poder pintar *con absoluta exactitud* cada cardenal, cada herida, cada reguero de sangre. De otro modo, los expertos modernos que han investigado la Sábana Santa, centímetro por centímetro, mancha por mancha, ya hace tiempo que habrían denunciado públicamente el fraude. Por el contrario, son ellos mismos los que dicen que en todo el cuerpo del Hombre de la Sábana no han logrado encontrar una sola discordancia, un simple error.

La obtención de la imagen tridimensional –J. Jackson– confirma que hubo un cuerpo humano que estuvo *en contacto real* con el tejido y que «es prácticamente imposible que haya podido existir un falsificador en condiciones de producir una imagen como ésta, y menos en la Edad Media». El doctor Rodante aporta también como prueba de la autenticidad de la Sábana la investigación de las heridas de la corona de espinas que aparecen en la frente: el atento examen médico-legal de las mismas, sobre la base de conocimientos de anatomía topográfica, revela que cada una de las cuales se corresponde *exactamente* con el lugar de las venas y arterias subcutáneas. Es prácticamente imposible que un supuesto pintor del siglo XIV hubiera sabido colocar en *ese preciso lugar* tales manchas de sangre.

3ª.- Y además, insistimos en preguntarnos por qué no habría realizado el original en vez de un jeroglífico, invertido, y casi indescifrable. ¿Por qué un genio similar se habría tomado el trabajo de pintar una belleza insuperable sólo visible para él, de la que sus contemporáneos no habrían sospechado siquiera su existencia, y que no se vería sino después de una inversión hecha posible sólo unos siete siglos después?

4ª.- Admitiendo también que la inteli-

gencia… diabólicamente astuta de ese super-falsificador podría haber previsto la oportunidad de ofrecernos «un negativo», previendo el revelado fotográfico, cabe además añadir que el misterioso falsificador del quinientos habría sido también un refinado polinólogo, para la búsqueda de aquellos pólenes que *garantizan* la antigüedad y procedencia de la Sábana.

5ª.- Finalmente, nos preguntamos cómo habría conseguido obtener el autor de la Sábana Santa las características tridimensionales de la imagen, puestas de manifiesto por los estudiosos americanos Jackson y Jumper, mientras que *ningún* otro artista ha sido capaz jamás de lograr este maravilloso efecto, aun sirviéndose de la más rica paleta de colores y de las técnicas más refinadas.

[Hemos extraído algunas observaciones sobre la tridimensionalidad de la imagen de la Sábana, según la investigación de J. Jackson en *www.shroudofturin.com* y siguiendo la información del Centro Español de Sindonología, en *www.linteum.com* Fue estudiada sobre todo a partir de 1977 por un grupo de científicos dirigidos por J. Jackson y E.J. Jumper, profesores de Física y Ciencias Aeronáuticas, respectivamente, en la Academia de las Fuerzas Aéreas de Denver y en el Centro de la NASA en Pasadena.

Utilizando un microdensitómetro –instrumento que mide la intensidad de una fotografía– y una reproducción de una sábana envolviendo un cuerpo, J. Jackson pudo mostrar que el grado de intensidad de la imagen se correspondía en una medida muy importante con la distancia de la tela al cuerpo. En 1976 Jackson llevó una fotografía de la sábana a un laboratorio de análisis de imagen, para analizarla con un ordenador llamado *VP-8 Image Analyze*r, que convierte la intensidad de la imagen en relieve vertical. Comprobaron que efectivamente la imagen de la Sábana contiene información tridimensional.

Aunque es difícil dar una explicación sencilla de lo que esto significa, podemos decir que supone que el grado de densidad de cada punto de la imagen de la Síndone está matemáticamente relacionado con la distancia del lienzo al cuerpo. Alcanza la máxima brillantez en las zonas en que el cuerpo tocó al tejido –nariz, frente, cejas– y es menos intensa donde no se tocan –órbitas de los ojos, lados de las mejillas–. El hecho de que en ningún punto de la imagen la intensidad de la marca sea cero implica que la impronta no pudo hacerse por contacto, que no ha podido ser el trabajo de un artista. Experimentos con artistas muy competentes han demostrado que el sistema de coordinación entre el ojo y el cerebro es incapaz de reconocer y crear una imagen así. Se han investigado numerosas copias de la Sábana realizadas en siglos pasados por artistas, igualmente con el sistema VP-8. Sin ninguna excepción, estas imágenes en relieve aparecen muy distorsionadas].

Pero volvamos a Delage y a sus colegas. Llegan éstos al convencimiento de que la imagen de la sábana no es un cuadro hecho por mano humana; les parece más bien el resultado de un fenómeno físico-químico. Paul Vignon, uno de ellos, efectúa varios experimentos en su laboratorio. Comienza por los vapores de zinc; pero rechaza esta hipótesis: de estas emanaciones, que dejan una confusa aureola de un objeto, no puede esperarse la solución.

Después su atención se centra en los vapores de aloetina, presentes en toda emulsión de áloe y aceite de oliva y que

al contacto con otros vapores, como el carbonato de amonio, que emanan de un cuerpo recubierto de un abundante sudor, pueden fijar una imagen. Si el cadáver del hombre de la Sábana, entre las dos telas, quedó en el sepulcro por lo menos un día, y no más de dos –*al menos* veinticuatro horas, *pero no más de* unas cuarenta, pues entonces el proceso de putrefacción hubiera destruído todo– la mezcla de los distintos elementos, en una lenta evaporación, *pudo* haber proyectado sobre el tejido de lino la huella de aquel cuerpo. *Pudo* haber nacido así la huella del Hombre, con un color marrón rojizo más intenso en las partes que sobresalen, que aparece difuminado al aumentar la distancia entre el cuerpo y la tela, y de un color rojo carmín en las zonas de los cabellos y de las lesiones mayores.

La posibilidad es real, pero al mismo tiempo bastante teórica. Los experimentos realizados entonces por Vignon, y repetidos varias veces después por otros estudiosos, dan fundamento a la hipótesis –las huellas obtenidas por ese procedimiento en laboratorio son idénticas *por naturaleza* a las de la Sábana Santa–; pero así como la imagen de Jesús en la Sábana aparece nítida y perfecta, la imagen obtenida experimentalmente es confusa, borrosa e incluso a veces monstruosa. No obstante ello, *quizás* por esta vía se *comenzaba* a desvelar el misterio de la formación de la imagen de la Sábana.

Delage suscribió las conclusiones del doctor Vignon y en su propia declaración, leída con voz clara y vibrante ante los sorprendidos *grandes* de la Academia de las Ciencias de París, concluye:

«Tenemos por una parte la Sábana –probablemente impregnada de áloe, una resina oriental– y un crucificado que ha sido azotado, herido en el costado derecho y coronado de espinas. Tenemos por otra parte un conjunto de historia y tradición que nos presenta a Cristo, que en Judea sufrió los distintos suplicios que se muestran en el cadáver cuya imagen nos ofrece la sábana. ¿No es natural acercar estas dos series paralelas y unirlas en un mismo sujeto?

«Estimo que yo *tengo que considerar* todos estos datos:

–Que la tradición cristiana asegura que Cristo, muerto el viernes por la tarde, estaba ya fuera del sepulcro al alba del domingo;

–Que este hombre, ajusticiado como un criminal, tiene en el rostro, como debió ser el rostro de Cristo, una expresión tan noble que espontáneamente pensamos que lo *lógico* es asignarlo a un hombre bueno y equilibrado;

–Que, en resumen, hay un conjunto de circunstancias –el medio Oriente, la llaga en el costado derecho, el tiempo ideal de la sepultura, el misterioso lenguaje de la fisonomía del rostro– que son *indiscutiblemente excepcionales*».

Y aquí Yves Delage revela su secreto:

«Supongamos, dice, que por cada una de estas cinco circunstancias exista una probabilidad sobre cien de que se trate de *otra* persona. Siendo así, hay *una sóla* probabilidad *entre diez millones* de que la Sábana Santa nos haya transmitido la imagen de una persona distinta de Jesucristo.

Así pues, para el científico que no quería pasar por *hombre de iglesia*, la Sábana Santa era la sábana regalada por José de Arimatea a su amigo Jesús bajado de la cruz. Y terminaba con un aviso:

«Dicen que, por inconsciencia o por falta de escrúpulos, yo he traicionado a la ciencia y desmentido mis opiniones de li-

bre pensador. Por el contrario, yo he sido fiel al verdadero espíritu científico, al estudiar el problema del Hombre de la Sábana Santa, preocupándome sólo de descubrir la verdad».

Delage no tenía el don de la fe, pero consideraba a Cristo al menos como un personaje histórico. Entonces, ¿por qué tenemos que escandalizarnos frente al hecho de que la humanidad tenga en la Sábana Santa una huella material de su existencia?

Más allá alcanza el razonamiento de otro experto, también francés, el ingeniero industrial Paul de Gail, que reconsidera las ideas de Delage:

«Es extremadamente probable que la Sábana Santa de Turín sea la que envolvió a Jesús. Por lo que ahora puedo valorar, la probabilidad de que no lo sea es de apenas 1 sobre 225 millones... Si en toda la historia hubiera habido 225 millones de crucificados, y es evidente que es una hipótesis sencillamente absurda, en tal astronómico número de ajusticiados, podríamos encontrar sólamente uno –uno solo– en el que la modalidad de crucifixión, de sepultura y del modo en el que se presentan las huellas de la Sábana Santa, coincidan con las atribuidas al crucificado de nombre Jesús».

10

El investigador que interrogaba a las plantas

En 1973 se introduce en esta historia el profesor Max Frei, criminólogo, director del gabinete científico de la Policía de Zurich y perito de Interpol, además de ser redactor especializado en el periódico alemán *Kriminalistik*. Con una mente bien despierta, un *olfato* instintivo y un largo entrenamiento en todos los campos de investigación, este doctor Frei es también uno de los mejores expertos en el ámbito de una nueva disciplina bastante nueva, la llamada polinología.

¿Que es la *polinología*? El término fue creado en 1944 por los botánicos ingleses Heyde y Williams, de la raíz griega *palé* que quiere decir harina, polvo, en directa relación al polen y a las esporas vegetales. Cuando una flor llega a su madurez, libera de las anteras de sus estambres un tenue, casi impalpable polvo viviente; es el polen. Transportado sobre todo por el viento, está destinado a alcanzar el ovario de una flor de la misma especie, y realizar así la fecundación. El color del polen, es generalmente amarillo, rosado, celeste, marrón o blanco. Cogidos uno a uno, estos granos son verdaderamente microscópicos; hay algunos que miden apenas 2’5 micrones.

Y además, estos pequeños granos, precisamente porque contienen en su interior la preciosa chispa de una nueva vida, están preparados de modo completamente funcional: dotados de apéndices para adherirse mejor al cuerpo de los insectos que los transportan, o de sacos auríferos para ser llevados por el viento, tienen una capa externa muy fuerte, resistente incluso a ácidos o substancias cáusticas existentes en la naturaleza, como el calor estival o las heladas invernales, y que a su vez explotará espontáneamente en el tiempo de la fecundación, al hincharse el protoplasma.

Es casi increíble la cantidad de polen que en la época de floración se esparce alrededor de una zona verde, dispersándose en la atmósfera prácticamente por todas partes. Basta pensar que de un solo metro cuadrado de bosque poblado de alisos sería posible recoger 2.160 millones de granos, o igualmente de un matorral de retama en flor de un metro cuadrado unos 4.060 millones de ellos.

La ciencia en cuestión constituye una rama de la micropaleontología y ha ido adquiriendo una importancia creciente en el cuadro de la apasionada atención que el hombre dedica a la prehistoria. El estudio del polen conservado en estado fósil en los fangos de los lagos o de los pantanos se realiza extrayendo, por medio de sondas, muestras de limo de los distintos niveles de profundidad. El análisis realizado en laboratorio permite establecer el llamado *espectro polínico*, que da una idea bastante precisa de la flora existente alrededor del depósito en una época determinada. De este modo puede saberse cómo era la vegetación de un determinado paisaje en épocas lejanas. A los ojos de un paleo-botánico aparecen los bosques de gigantescas coníferas de antiguas eras geológicas, los jardines de la época faraónica o babilónica, y también las laderas de olivos de las colinas palestinas, las llanuras sembradas de trigo, las viñas, higueras, moreras y sicómoros alrededor de cada poblado, las adelfas y cañas de las riberas del Jordán y del lago Tiberíades.

En cuanto al procedimiento de análisis de la polinología, consiste esencialmente en poner las microesporas aisladas de determinado material en un pequeño cristal, dejando caer después encima una gota de glicerina y de substancias colorantes. De este modo, gracias al aumento del microscopio, se puede proceder a contar los granos de polen y el porcentaje de las distintas especies presentes.

Max Frei, encargado de autenticar las fotografías que una comisión científica había tomado, al examinar detenidamente la tela, observa la presencia de esporas de polen sobre la Sábana y obtiene permiso para recoger unas cuantas muestras, que él llama *microhuellas*.

En presencia de testigos calificados y con la autorización previa de las autoridades competentes, el doctor Frei recorre por un momento con la vista toda la superficie de aquella larga tela que está investigando. Después, con gestos medidos y precisos aplica a lo largo del borde de la tela pequeños trozos de una cinta adhesiva especial. Finalmente los quita con delicadeza, colocándolos dentro de un recipiente especial, después de haberlos clasificado según las respectivas áreas de control.

Ahora tiene a su disposición toda una serie de muestras de polvo. Como policía científico, está acostumbrado a estos procedimientos. En las investigaciones realizadas en los laboratorios de la policía, se consigue detectar, con la ayuda de rayos infrarrojos o ultravioletas, huellas borradas incluso con productos químicos, o saber que un sobre cerrado y sellado ha sido abierto y vuelto a cerrar. Otras veces una gota de líquido que queda en el fondo de un vaso o una microscópica sección de cabello puede tener gran importancia.

Del mismo modo, este investigador considera que el polvo depositado sobre la Sábana en veinte siglos podría ser un auxilio muy importante para conseguir parte de la verdad en relación a la Reliquia conservada y venerada en Turín. ¿No han resultado determinantes a veces, a efectos de una investigación, las huellas digitales o un sencillo filtro de cigarrillo? ¿No se ha resuelto más de un delito basándose en el examen de pruebas imperceptibles?

Otro experto en los secretos de la policía científica, el comisario Nardone, ha escrito que es deber de los especialistas

«definir las características del arma contundente o de corte utilizada para golpear una víctima con la sola observación del tipo de herida o contusión producido, determinar si un cristal se ha roto desde dentro o desde fuera, averiguar de quién son determinadas huellas o qué tipo de neumático ha recorrido una carretera, a qué objeto pueden pertenecer los microscópicos fragmentos encontrados en las hendiduras del suelo, o entre los huecos de una suela» (M. Nardone, *Il manuale del giovane detective*, Milán 1971, 26).

De estos métodos de trabajo parte Max Frei. Por una parte, debe filtrar cuidadosamente el contenido de sus microfósiles, para aislarlos de los infinitos restos de materia orgánica e inorgánica depositados entre la trama oblícua de la Sábana Santa, en forma de sarga o *cola de pescado*. Examina cada muestra bajo el potente rayo de luz polarizada del microscopio electrónico.

El doctor Frei ha concluido sus búsquedas preliminares y, presentando una relación en el *II Congreso mundial de estudios sindonológicos*, muestra detalladamente los resultados a los que ha llegado después de cinco años de análisis. En su exposición confirma que sobre la Sábana Santa se encuentra, efectivamente y en una cantidad notable, el polen de varias plantas que crecen en diversos lugares. De este modo se conoce el trayecto hecho por la Sábana Santa en su peregrinación desde Palestina hasta Turín, en la Italia septentrional, a través de la región del Bósforo, Francia y los Alpes occidentales. La comparación de sus características

«con las de *granos de igual polen y de la misma edad*, encontrados en las mismas regiones» confirma la intuición que tuvo este genial detective, que el 8 de marzo de 1976 afirmaba: «la presencia de polen perteneciente a no menos de seis especies de plantas palestinas, a una especie de Turquia, y a ocho especies mediterráneas, nos autoriza desde ahora, incluso antes de completar la identificacion de todos los microfósiles, a llegar a la siguiente conclusión: "la Sábana Santa, no puede ser una falsificación"»

Igualmente explicaba el doctor Frei sus investigaciones en un debate televisivo so-

bre la Sábana Santa emitido el 30 de marzo de 1978:

«Examinando las muestras de polen tomadas de la Sábana Santa, esperaba descubrir detalles de su historia. Deje que le muestre lo que he descubierto. Esta, por ejemplo, pertenece a una haya *–fagus selvatica–*, esto es el polen del tejo *–taxus baccata–*… y una docena de otras especies de origen europeo, que no hacen más que confirmar lo que ya sabemos: que la Sábana Santa fue expuesta al exterior en Francia y en Italia. Pero después he encontrado esto: *Linum mucronatum*, *Romaria hibrida*, y *Glatzium grandifloram*, la *Onosma gigantes*, la *Astragalos*… Y mientras las imágenes mostraban ampliados los granos y esporas mencionados por el doctor Frei, el comentarista explicaba que se trataba de "pólenes y fibras de nuevas especies de plantas que *crecen solamente en Turquía* y que demuestran que Lirey, en Francia, no puede ser su país de origen"».

Después el científico continúa:

«La presencia de un número tan considerable de polen de plantas que crecen en Turquía me hace llegar a una conclusión fundamental, esto es, que en un momento de su historia, la Sábana Santa debe haber estado expuesta al exterior en el sur de Turquía o en las cercanías de Estambul».

Pero no fueron ésos los únicos pólenes que él había aislado e identificado en sus análisis de la Sábana de Turín. Max Frei contaba cómo le habían intrigado ciertas partículas vegetales que se veía obligado a clasificar como *misteriosas,* dado que no lograba identificarlas ni siquiera con la ayuda de sus mejores tratados de Botánica:

«Por ello tuve que ir en persona a los países en los que la Sábana Santa presumiblemente había permanecido. Naturalmente, me dirigí en primer lugar a Jerusalén y a los campos cultivados de Judea. Y encontré allí las respuestas que buscaba: esta planta es la *Sueda*, esta variedad particular crece solo en Palestina, sobre la Sábana Santa he encontrado el polen de esta planta; éste es el *Paganum hamala*, una planta del desierto muy común en la región comprendida entre Jericó y el Mar Muerto, y *sobre la Sábana he encontrado también el polen de esta planta*»

Así pues, el polen puede actuar como un insospechado sello de autenticidad, guardado además celosamente en el lugar más inesperado, es decir, entre la trama en forma de *sarga* que constituye la Sábana Santa. Max Frei lo confirma. La presencia del polen de estas plantas que crecen exclusivamente en la zona de la Biblia, y en las regiones circundantes nos permiten llegar a una sola conclusión: La Sábana Santa ha *respirado* el aire de Palestina.

Pero mientras él ha trabajado silencioso en medio de sus cristales y calcula, compara y piensa, en otros lugares varios científicos proceden a diversos análisis, con nombres complicados, pero todos dirigidos al mismo fin: hacer luz –si es posible de una vez para siempre– sobre este apasionante misterio.

11

Investigaciones en torno a la Sábana

Al cerrar la introducción se hablaba de la posibilidad de que desde el espacio nos llegue hoy el rayo de una estrella situada a años-luz de nosotros, y de que sea vista por quien está mirando al cielo. Ciertamente en estos últimos treinta años muchos estudiosos han seguido dirigiendo sus telescopios hacia la Sábana, con resultados a veces distintos e incluso opuestos, como sucede en astronomía, al profundizar en el conocimiento de los cuerpos celestes objeto de sus estudios.

Frente a quien, convencido por las múltiples pruebas a favor, se declara defensor de la plena autenticidad de la Sábana como lienzo fúnebre que envolvió el cuerpo de Cristo después de su muerte en la cruz, surge de vez en cuando alguien que, sintiéndola como un *cuerpo extraño,* intenta por todos los medios rechazarla, poniéndola entre las más celebres *falsificaciones* que se hayan dado en la historia.

Veamos, por el contrario, una síntesis de las pruebas que aseguran la autenticidad de la Sábana Santa. Da confianza y conmueve la seriedad con que la ciencia del siglo XX se acerca a los interrogantes que rodean al hombre en general y en particular a éste de la Sábana. Si no está al servicio de una ideología, el científico de hoy camina de puntillas, con humildad, alrededor de realidades que le sobrepasan. Podemos confiar en que el científico auténtico no esconderá nada, y no afirmará nada antes de haber verificado cada hipótesis. Las opiniones personales cuentan más bien poco.

Este es el motivo por el que conmueve la humildad del científico digno de tal nombre. Y da tranquilidad pensar que podrán surgir nuevos interrogantes, pero la ciencia, que ya ha admitido el encontrarse delante de un *misterio*, digno del máximo respeto y de la más atenta consideración, sabrá cómo responder también a las nuevas preguntas.

Desde 1898, hasta hoy, las más variadas disciplinas del saber humano, como la anatomía, arqueología, exégesis bíblica, química, física, electrónica, fotografía, se han aplicado con creciente perfección al análisis de este documento; de modo que, como señala oportunamente una experta en los estudios sobre la Sábana, hoy su autenticidad no se encuentra en discusión (M. E. Patrizi, *La macrofotografia nello studio della Sindone,* en *«Il Tempo»*, 30-III-1978).

Tejido

Comencemos por el tejido de la Sábana. No es en realidad nada más que una tela tejida a mano de *Linum usitatissimum*, es decir, de lino común, como lo demuestra el hecho de que las primeras gotas de metal fundido que cayeron en el interior de la caja metálica traspasaron inmediatamente la Sábana, doblada en varios pliegues.

Ahora bien, *¿por qué* no sucedió lo que inevitablemente tenía que ocurrir, vistas las premisas? *¿Cómo* es que un trozo de tela normal puede resistir al calor proviniente de dos metales con un punto de fusión de 960'8 grados para la plata y 1.100 grados para el cobre? *¿Cómo* puede competir con dos substancias metálicas que, obedeciendo a las precisas leyes de la naturaleza, empiezan a pasar del estado sólido al magmático o semi–fluido, muy parecido a la lava que sale de un volcán en erupción? *¿Cuándo* se ha visto que un tejido puesto en contacto con planchas ardientes saliera intacto?

Sabemos que las leyes naturales *son férreas e inmutables*; actúan según lo establecido por el Creador, sin admitir por propia iniciativa excepciones con nadie. Ahora bien, el caso del incendio de Chambéry es una gran *excepción* –y, como dice San Ambrosio, *lo que va más allá de la naturaleza procede del Autor de la naturaleza*–. Además, como cada efecto exige una causa proporcionada, tal causa debe buscarse por encima de la sencilla naturaleza, y esto es signo de que la Sábana de Turín está verdaderamente en el corazón de Alguien. Alguien que puede modificar las leyes inflexibles, Alguien que ordenó a éstas suspender su poder en beneficio de aquella realidad singular que Él quería proteger, salvaguardándola de la inexorable función destructiva de las llamas.

Con estas consideraciones se pone de relieve que la necesidad –por razones de lógica, no de fe– de una intervención por encima de las leyes naturales confirma la autenticidad de la Reliquia. En aquella Sábana, verdaderamente había quedado envuelto, por tres días, el cuerpo martirizado del Hijo, y de ahí había resucitado, dejándonos la imagen fiel de la propia realidad del Hombre, del Verbo que se había encarnado por nosotros y para nuestra salvación. No es creíble, en efecto, que tal intervención superior se hubiera producido para cuidar y defender una... falsificación.

Es, por tanto, una prueba más a favor de quien tiene el convencimiento de que la Sábana Santa de Turín no solo es auténtica, sino que además lleva consigo misma un mensaje de gran elocuencia para creyentes y no creyentes: el mensaje de la existencia de un Dios Omnipotente, infinitamente inteligente y *genial*, capaz de dirigir los lugares, los tiempos y los modos de revelarse al género humano, movido por un amor sin límites y salvador.

[J. Kilmon, en *www.historian.net/shroud. htm,* explica que del examen físico de la Sábana se deriva que se trata de una tela que mide 4'6 x 1'1 metros, correspondiente a la medida estandar de 8 x 2 cúbitos filetáricos utilizada en Palestina durante el siglo primero. El dibujo del tejido es probablemente sirio, del siglo primero; contiene algodón de una especie de Oriente Medio que no se encuentra en Europa, el *Gossypium herbaceum*. Se concluye, pues, que la Sábana fue confeccionada en el Oriente Medio, con mucha probabilidad en Siria, con un diseño utilizado en el siglo primero, aunque bastante raro y costoso].

Anatomía

En el ámbito de la interpretación médica de la fotografía, el doctor Robert Buckley, uno de los mayores expertos en esta especialidad, médico en el *Insti-*

tuto de Medicina Legal de Los Angeles, destaca que la Sábana Santa «en el examen de las heridas, constituye un caso particularmente interesante: en vez de examinar un cuerpo humano real, disponemos de las huellas fotográficas de ambos lados del cuerpo, que tienen señales de heridas de varios tipos, tan claras y detalladas que es posible hacer un examen legal... La edad de este hombre parece estar comprendida entre los treinta y los treinta y cinco años; su cuerpo tiene señales de una serie de heridas que van desde simples golpes a zonas grandes de heridas profundas por donde ha habido pérdida de sangre» (*Debate televisivo en Italia* 30-III-1978).

[De acuerdo con el resumen que hace el Centro Español de Sindonología en *loc. cit.* de las investigaciones realizadas desde el punto de vista de la medicina legal, el primer cirujano que comprobó la absoluta exactitud anatómica de esas heridas fue, como hemos visto, el profesor de Anatomía comparada de la Sorbona Yves Delage. Para él no existía la menor duda de que sólo un hombre que hubiera padecido los tormentos físicos de Jesús podría haber dejado tales huellas.

Son ya una multitud los médicos que a lo largo del siglo XX han corroborado estas afirmaciones, desde los pioneros como Pierre Barbet –cirujano del Hospital de San José de París– o Giovanni Judica-Cordiglia –profesor de medicina legal de la Universidad de Milán–, hasta los más próximos a nosotros, que han podido comprobar sobre la propia tela sus afirmaciones, como el Dr. Robert Buckley –médico forense, patólogo del Hospital de Los Angeles, California–, el Dr. Rudolf W. Hynek – de la Academia de medicina de Praga– o el Dr. Pier Luigi Baima Bollone –profesor de medicina legal de la Universidad de Turín–.

En resumen, de sus resultados se deriva que la distribución de las heridas en la Sábana es anatómicamente perfecta y que refleja muchos detalles desconocidos en la Edad Media. Son muchas las lesiones que se muestran en la Sábana con plena exactitud. Han ido apareciendo a lo largo del relato de la pasión en la Sábana Santa:

–El cartílago de la nariz, que aparece roto y desviado a la derecha, efecto de un bastonazo o de una caída, pues se han encontrado restos microscópicos de tierra de las mismas características físicas que la de Jerusalén en esa zona de la nariz y también en la rodilla izquierda y en la planta de los pies.

–Una gran contusión que aparece bajo la región malar derecha, efecto de un bastonazo propinado con un palo corto y redondo de 4-5 cm. de diámetro.

–Diversas escoriaciones en la mejilla derecha y la región frontal; llagas sobre los arcos supraorbitales, tumefacción del arco ciliar derecho.

–Las marcas sangrantes de más de 50 orificios de la corona de espinas, correspondientes las más importantes con venas y arterias reales.

–Las heridas y contusiones a lo largo de todo el cuerpo, más de 600, y las marcas de azotes, unas 120, idénticas a las que dejaría el instrumento de flagelación utilizado por los romanos, el *flagrum taxillatum.*

–La herida del costado, de forma elíptica, del mismo diámetro, 4’4 x 1’4 cm., que las lanzas romanas que, a diferencia de las demás heridas, se infirió *post mortem.*

En relación con las afirmaciones de que la Sábana sea una falsificación hecha en la Edad Media, vemos en ella elementos anatómicos que no se conocían en esa época, como el halo de suero alrededor de las manchas de sangre –no apreciable

a simple vista–, las salpicaduras y sinuosidades de los regueros de sangre, la hinchazón del abdomen, típico de la asfixia.

Por otra parte, algunos aspectos de la imagen contradicen las representaciones de Cristo corrientes en la Edad Media, ajustándose perfectamente, en cambio, a la realidad de la muerte del Crucificado, como la corona de espinas en forma de casco, los clavos de las manos en el carpo y no en las palmas, la lanzada en el costado derecho y no en el izquierdo. Hay que destacar también que representar a Cristo completamente desnudo hubiera supuesto un escándalo en aquella época.

Sobre el grupo étnico al que podría pertenecer el hombre de la Sábana, hay coincidencia entre los antropólogos. Así, T. Dale Steward, del Museo Smithsoniano de Ciencias Naturales, afirma que los rasgos faciales son «los propios del grupo racia judio o semítico»].

Sangre

No se puede negar, pero tampoco afirmar, que la Sábana Santa haya estado en contacto con un cuerpo ensangrentado. Ha pasado mucho tiempo, y en dos mil años –edad que se presume de la tela examinada– profundas alteraciones físicoquímicas pueden haber actuado sobre la estructura de los glóbulos rojos y de la fibrina que caracterizan la sangre.

Y no solo eso. Hay que tener en cuenta que el microscopio óptico ha *escudriñado* la superficie de la tela, es decir, la parte externa, la más expuesta al desgaste. En un futuro no lejano dispondremos de sistemas capaces de *hurgar* mas a fondo, entre los mismos hilos del tejido. Instrumentos como el EMA –*Electrón microprobe*–, el IMA –*ion microprobe*– y el ESCA –*espectroscopio electrónico para análisis químicos*–, que se encuentran en los laboratorios Mc. Crone de Chicago, éstos sí que sabrán responder ese interrogante. Además de que de los estudios de residuos microscópicos de cristales y minerales fáciles de encontrar en la Sábana Santa puede que vengan otras interesantes confirmaciones de su autenticidad.

[J. Kilmon expone en *loc. cit.* las pruebas realizadas en relación con el tema de la sangre en la imagen de la Sábana. Mc Crone, uno de los investigadores más respetados en análisis de partículas, sostenía que la imagen era una *pintura*. Detectó partículas de óxido de hierro en la Sábana, sobre todo en las supuestas *manchas de sangre* de la imagen, utilizando sólo técnicas ópticas y las atribuyó a técnicas de pintura. El debate sobre la autenticidad de la Sábana se centró en determinar si la presencia comprobada de óxido de hierro era la causa de la imagen de la sábana y las manchas de sangre, así como en el origen del óxido de hierro.

Parte de la respuesta a esto vino por el análisis con fluorescencia de rayos X, realizado por científicos del STURP, que determinó que no había correlación entre las concentraciones de partículas de óxido de hierro y las diferentes densidades de la imagen, concluyendo que el óxido de hierro no era responsable de la imagen de la tela. Estos descubrimientos estimularon un mayor interés en las manchas de sangre de la tela. ¿Se trataba de verdaderas manchas de sangre o habían sido pintadas con alguna clase de óxido de hierro que contenía pigmento rojo?

Este tema fue desarrollado por Heller y Adler, expertos en análisis de sangre, que investigaron más allá del simple estudio óptico de McCrone. Aplicando diversas técnicas determinaron que, mientras los pigmentos de los pintores contienen óxido de hierro contaminado con manganeso, niquel y cobalto, el óxido de

hierro de la Sábana era relativamente puro. Descubrieron, investigando los procedimientos de elaboración del tejido de lino, que es normal que aparezca óxido de hierro puro en el proceso de *fermentación* del tejido en grandes barriles abiertos de agua. Por tanto, el óxido de hierro, abundante en el lino de la Sábana, no es obra de pigmentos de algún pintor. A continuación se procedió a aplicar el análisis microespectrofotométrico a las partículas de sangre de una de las fibras de la Sábana identificando infaliblemente hemoglobina, porfirina, bilirrubina, albúmina y proteina. Así pues, las manchas del tejido no son pigmento de pintor, sino sangre verdadera, y estas manchas impregnaron el tejido antes de la formación de la imagen.

Por otra parte, trabajando con una mayor variedad de muestras de sangre de las fibras de la tela, el patólogo P. Baima Bollone, utilizando inmunoquímica, confirmó los descubrimientos de Heller y Adler e identificó la sangre como perteneciente al grupo sanguíneo AB, prevalente en los judíos. Es significativo que el análisis del tejido muestra altos niveles de bilirrubina, lo que concuerda con los golpes y azotes que se muestran en la imagen del Hombre de la Sábana].

Monedas

Desde otra vertiente, hay estudiosos que en estos años han indagado sobre la cuestión de las monedas que, puestas el Viernes Santo sobre los párpados del cadáver que estudiamos, han dejado su propia huella, a modo de un posterior sello de autenticidad.

En 1979, el estadounidense Francis Filas, estudió las letras que aparecían en la impronta de la moneda situada sobre el ojo derecho, U-CAI, integrantes de la inscripción griega *tiberiou kaisaroi*, y consiguió encontrar en el mercado de antigüedades especializado dos monedas con el mismo error de acuñación: en vez del regular *kai*, el aproximativo *cai*. Esta moneda se llamaba *dilepton lituus*.

En 1996, Baima Bollone y Nello Ballosino identificaron sobre la ceja izquierda un *lepton simpulum,* acuñado bajo Pilatos en honor de Julia, madre de Tiberio, muerta en el año 29 d. C. Whanger y Haralik pusieron de manifiesto la existencia de 74 puntos de correspondencia entre las imagenes de las fotografías de la Sábana Santa y la moneda de Pilatos, localizando otras dos letras.

«Todo esto nos lleva a la conclusión de que, efectivamente, sobre los párpados del Hombre de la Sábana Santa estuvieron dos pequeñas monedas coloniales romanas, pertenecientes a la época del imperio de Tiberio, alrededor del 29 d. C.» (F. Pastore Trossello, *Alcune considerazioni sulla questione delle monetine*, en *Sindon*, Turín 1989, 103).

Imprimación

Entremos ahora en el ámbito más problemático del universo sindónico, el inherente a la génesis de las huellas y de aquellas particulares impresiones que presenta la Sábana de Turín. Se ha explicado según varias teorías.

La primera consiste en afirmar que se trataría de un cuadro, de una reproducción realista del cadáver de un hombre, previamente sometido al proceso que va desde la tortura a la crucifixión, del que hablan los Evangelios. *Tal hipótesis resulta excluída del modo más absoluto*: se encuentra con varias dificultades no resueltas, como la incongruencia del estilo pictórico con la época de su supuesta ela-

boración, así como la total ausencia de huellas de pinceladas.

Los misteriosos falsificadores podrían haber acudido al eventual recurso propuesto por el doctor Rodante, ya explicado; se habría podido envolver dentro de una sábana un cadáver, anteriormente sometido a torturas y después crucificado, poniéndole después áloe y mirra, y exponiendo luego la tela en cuestión a la luz del sol. Pero también esta hipótesis hace aguas por todas partes, sea porque la presencia catalizadora del fluido luminoso debería ser simultánea la acción de los ungüentos y bálsamos, y no posterior; sea porque los desconocidos falsificadores habrían debido tener la inadmisible precaución de procurarse, algunos siglos antes del descubrimiento de la polinología, los pólenes fosilizados, de origen prevalentemente palestino o medio-oriental, que la Sábana Santa presenta como incorporados dentro de las propias fibras.

Por otra parte, la teoría *pictórica* no explica la *exactitud* milimétrica de aquellas tres pequeñas heridas en la frente del Hombre de la Sábana Santa, con una perfecta simetría, *correspondientes a las venas y arterias* de las que salió la sangre. La ausencia de estas micro-garantías de autenticidad hace que no se pueda sustituir la Sábana de Turín por la Sábana *reproducida* en Siracusa por el doctor Rodante.

Otra objeción insuperable acerca del origen manual de la Sábana Santa de Turín proviene de las siguientes preguntas: dado que dicha impresión del hombre se encuentra en las condiciones que podríamos denominar aproximadamente *negativo fotográfico*, ¿qué pintor y por qué, dotado de capacidades geniales como para poderlo comparar con Miguel Angel o Leonardo de Vinci, habría decidido ofrecer a sus contemporáneos y a los postreros una imagen *por sí misma incomprensible*, en vez del habitual modo *positivo* y verdadero, con las facciones de aquél que por todas las circunstancias, sería Jesús de Nazareth? Mientras no tengamos una respuesta convincente, nos sentimos ampliamente autorizados a preferir nuestra tesis: la Sábana Santa conservada en Turín es auténtica y verdaderamente tuvo entre sus pliegues a Cristo muerto y resucitado, como nos induce a creerlo el conjunto de pruebas que así la avalan.

[De la investigación realizada en 1978 por el STURP, equipo de científicos estadounidenses que solicitó y obtuvo permiso para realizar una exploración sobre la Sábana en Turín se derivan importantes conclusiones sobre la formación de la imagen de la Sábana Santa.

Este equipo pudo trabajar directamente con la Sábana durante 120 horas, utilizando las técnicas de investigación más avanzadas, de entre las cuales pueden destacarse:

–unas 5.000 fotografías normales y con rayos infrarrojos y ultravioleta;

–análisis computerizado de la imagen con el aparato VP8, capaz de obtener el relieve del cuerpo que estuvo envuelto por la Sábana;

–microscopía, macroscopía, microdensitómetro y espectroscopio;

–pruebas químicas, más de 1.000, de las mancas de sangre, agua y otros restos, así como de otros pigmentos orgánicos e inorgánicos, que aparecen en la Sábana.

Sus principales conclusiones fueron:

–Las manchas de sangre de la Sábana son realmente sangre.

–La imagen contiene al menos nueve características que obligan a excluir todas las técnicas conocidas para realizar la imagen (tintura, tinte, polvo, contacto directo, vaporigrafía, vapor y contacto). Esas características son: absoluta superficialidad, extrema pormenorización, plena estabilidad térmica y química, comprobada ausencia de pigmentación de cualquier clase, estabilidad al agua, no direccionalidad, negatividad y tridimensionalidad].

El doctor Rodante, de Siracusa, ha dado la respuesta más plausible, por el momento, a la cuestión de cómo se formó la imagen de la Sábana, después de más de veinte años de investigaciones en laboratorio. Ya en 1978 presentó en el ámbito del *XI Curso de medicina y moral* en Roma, los resultados de sus primeros experimentos sobre las impresiones de la Sábana Santa, obtenidos recurriendo a catalizadores como el sudor y el sangre. Realizó los experimentos en las catacumbas de Siracusa, lo que indicaba ya una primera intuición: elegir un ambiente lo más análogo posible al específico del Sepulcro de Jerusalén, con un determinado nivel de humedad, dato indispensable para lograr la experimentación.

Un año después de la pretendida nueva datación de la Sábana Santa, acorde con la prueba del carbono 14, en 1989, Rodante presentó sus descubrimientos en una contribución titulada *Formación natural de las impresiones de la Sábana Santa; sudor y sangre, áloe y mirra, y la datación medieval.*

Sus investigaciones en el laboratorio empezaron por una fortuita o providencial intuición, la de haber encontrado en una superficie tratada con aloe y que había estado expuesta a la luz del sol, una zona no oscurecida, correspondiente a un lugar en que se había impedido la acción de dicha luz. Ello era signo evidente de la acción oxidante producida por el sol.

Partiendo de la reproducción fotográfica del Hombre de la Sábana Santa, tratado con sangre, sudor, áloe y mirra, y agujereada con un alfiler común, con paciencia infinita, para intentar reproducir la porosidad de la piel humana, Rodante continuó sobre esta pista, fotografiando sistemáticamente los resultados obtenidos. Después tuvo la oportunidad de trabajar con un material utilizado en los procesos serigráficos. Del latín *seri(co)* –de seda–, y del griego *grápheín* –escribir–, la *serigrafía* es un procedimiento de estampación que consiste esencialmente en hacer pasar una capa de tinta a través de la malla de un molde de tela con *poros* muy pequeños.

Rodante estaba convencido de que sustituyendo la sustancia líquida de la tinta por aquélla, todavía más fluída, constituida por un flujo de luz solar, una determinada figura tratada con los elementos citados, tendría que haber dejado su propia impresión *en negativo*. De hecho, así es como sucedió; primero el rostro del Hombre de la Sábana Santa, después toda la figura. Al terminar el tratamiento, que duró alrededor de treinta y seis horas, en el ambiente húmedo de las catacumbas siracusanas, atravesando con un flujo luminoso el finísimo material serigráfico –lo más parecido a la permeabilidad de la piel humana–, quedaron estampados en otra tela o *cuadro de estampación*, con un altísimo índice de semejanza; prácti-

camente del cien por cien. De hecho, llevando al revelado fotográfico aquella impresión *negativa*, se asemeja a un *positivo* del original de la Sábana Santa, y casi no es posible distinguir la copia del original.

Radiación

Queda sólo hablar del *rayo de luz* necesario para fijar en la tela la imagen que nos interesa. Ya hemos hecho referencia a los *rayos mitogénicos de Gurwitch*. Considerando como hipótesis razonable que la Sábana Santa de Turín haya sido efectivamente aquella en la que en su interior estuvo el cadáver del Cristo crucificado hasta el instante de su resurrección, habría bastado a *Dios, inventor y padre de las leyes de la naturaleza*, utilizar esos *rayos mitogenéticos* y sacar de aquel cuerpo que volvía a estar no sólo vivo, sino además en plenitud de vitalidad sobrenatural, la *cantidad exacta* de luz necesaria para *fotografiar* sobre la tela de la Sábana la imagen del Resucitado.

En el proyecto divino, parece que ha habido esta secuencia de fases: ofrecer a la fe sencilla de los creyentes, desde el inicio de la era cristiana hasta el final del ochocientos, la propia imagen en negativo y de forma aproximada, pero suficiente para sustentar la devoción; después una segunda fase, desde 1898 en adelante, en la época caracterizada por la *civilización de la imagen,* mostrar su verdadero aspecto corporal, en positivo, el mismo que fue familiar para María, los Doce, los discípulos y sus contemporáneos palestinos, griegos y romanos.

De entre las varias hipótesis adelantadas, desde la pictórica hasta la hemática, desde la de la fluorescencia hasta la de la radiación atómica, la más convincente en plano teórico y avalada por los resultados del laboratorio es aquella que podríamos denominar de la *difusión luminosa de irradiaciones residuales secundarias*, presentada por el doctor Rodante en el *III Congreso Internacional de Estudios sobre la Sábana Santa*, en un informe complementado con numerosas diapositivas demostrativas. El informe se llamaba *Un relámpago de luz en el umbral del tercer Milenio*. Ahora bien, mientras Rodante recurre a la luz del sol, penetrando desde el exterior al interior, en el caso de la Sábana Santa original el flujo debió haber salido del interior del cuerpo resucitante de Jesús o, mejor aún, de un fulgor que lo envolviera por todos lados.

[El padre Jorge Loring, jesuita, autor de *La Sábana Santa, dos mil años después* (Planeta, Barcelona 2000), escribe: «Esto fue un descubrimiento de los doctores en ciencias físicas de la NASA americana Jackson y Jumper. Ellos opinan que la imagen se produjo por una radiación. Cuando expusieron su descubrimiento en el *Congreso científico internacional sobre la Sábana Santa*, en Turín, siempre que hablaban de esta radiación añadían: "radiación instantánea". Yo le pregunté a Jackson el porqué, y él me contestó: "Porque los hilos no están carbonizados, sino superficialmente chamuscados, y por la penetración de la quemadura podemos medir la fracción de segundo que duró la radiación". Esta radiación se produjo en el momento de la resurrección. No hay explicación más aclaratoria. Ningún cadáver de la Historia ha dejado su imagen grabada a fuego en el lienzo que lo cubre. Si yo envuelvo un cadáver en una sábana, dejará manchas de sangre, si tenía; de sudor, si tenía; de excrementos quizás. Pero es cierto que

ningún cadáver de la Historia graba su imagen a fuego en el lienzo que lo cubre. Cristo grabó su imagen porque resucitó: no hay otra explicación»].

Historia

Y hay otro capítulo juzgado más bien *débil* en la cadena de las *verdades* de la Sábana Santa, el relacionado con su historia, y en particular con la del primer milenio que va desde el día de la resurrección de Cristo hasta aproximadamente el mil doscientos. Siempre se ha sostenido que la casi total falta de documentos y de indicaciones relacionadas con la Sábana a lo largo de los primeros diez-doce siglos de la era cristiana constituye un elemento contra su autenticidad.

Ahora bien, reuniendo los resultados de sus cuidadosas investigaciones en un volumen editado en 1997, la historiadora y arqueóloga María Grazia Siliato parece dar el paso necesario en este tema, igual que de algún modo el doctor Rodante ya lo había dado refiriéndose a la génesis de la más famosa imprimación de la historia. Siliato, desde el punto de vista histório, responde que no ha existido nunca ese pretendido vacío de documentación para la Sábana en esos siglos. Lo que ha sucedido es que se había buscado siguiendo una dirección equivocada, en Occidente, mientras que casi durante todo el milenio de que se habla, ella ha podido verificar la presencia de la Sábana en el Medio Oriente.

Ella recorre las etapas puntualmente: desde el alba de la Pascua, en la que la preciosa reliquia cristiana es entregada al príncipe de los Apóstoles, para después pasar, mientras crece la hostilidad hacia la Buena Nueva predicada por Cristo, de comunidad en comunidad, del valle del Jordán al de Siddim, el valle donde en un tiempo pasado surgían las ciudades de Sodoma y Gomorra; desde Palestina hasta Edessa, en la actual Turquía, donde queda escondida hasta el año 540, tiempo del rey Cosroe I.

Después de haberla encontrado de nuevo en un pequeño hueco en las murallas de la ciudad, más tarde, pasa a Constantinopla.

[J. Kilmon, en *loc. cit.*, se refiere a que la cara del Hombre de la Sábana y sus rasgos únicos han sido pintados en la iconografía fechada en esos siglos. La superposición de la cara de la Sábana con un icono del siglo VI del monasterio de Santa Catalina, en el Sinaí, muestra 170 puntos de congruencia. También aparecen varios detalles semejantes en una ilustración de Jesús envuelto en la Sábana encontrada en un libro de oraciones de 1192, en Budapest, que demuestran que tuvo como modelo la Sábana Santa].

A primeros del siglo XII, atraviesa el estrecho brazo de mar que enlaza Grecia e Italia, hasta llegar a Marsella, en la Francia confinante con los Alpes Italianos. En las memorias del arzobispo de Troyes, Pierre d’Arcis, escrito hacia el final del siglo XIV, relata la presencia de la Sábana en Lirey, en Borgoña, siendo el primer documento escrito proviniente de Occidente. Encontramos así el eslabón que faltaba, mediante el cual la vida sumergida de la Sábana Santa en Oriente se enlaza con Occidente. Resumiendo, el trayecto se ha desarrollado tocando estas etapas fundamentales: Jerusalén, Edessa, Constantinopla, Atenas, un *salto* impreciso de Atenas hasta superar los Alpes, Lirey, Chambéry y por último Turín.

Polen

Recordemos, por último, los estudios de polinología realizados por Max Frei sobre la Sábana Santa, altamente favorables a la autenticidad de la misma.

[J. Kilmon, en *loc. cit.,* ateniéndose a las investigaciones aludidas, asegura que la Sábana contiene polen de 58 especies de plantas, 17 europeas y la mayoría indígenas, algunas exclusivamente, de las zonas del Mar Muerto y Turquía].

Carbono 14

La fecha de origen de la Sábana se ha investigado también estudiando la radiación del carbono 14 o C-14 que en ella se contiene. El C-14 es un isótopo del carbono normal o C-12.

[Esto quiere decir que es un elemento con las mismas propiedades químicas del carbono, pero de diferentes propiedades nucleares, ya que tiene el mismo número de protones y de electrones, pero dos neutrones más, lo que le confiere un mayor peso atómico. Se forma en las capas altas de la atmósfera con neutrones libres que entran en contacto con el nitrógeno de la misma. Oxidándose con el oxígeno da lugar al anhídrido carbónico, CO_2 radioactivo, el cual entra en el círculo de la normal fotosíntesis de la clorofila, viniendo a formar parte de las sustancias orgánicas que constituyen la materia viviente de animales y plantas. Mientras un organismo está vivo, existe un recambio continuo de CO_2 entre el organismo mismo y la atmósfera. A su muerte, el recambio se para y desde ese momento en los restos del organismo el nivel del C-14 empieza a disminuir al decaer la radioactividad. Se puede demostrar que si ahora tenemos x gramos de C-14, dentro de 5.650 años nos quedarán x/2 y pasados otros 5.650 años nos quedarán x/4 y así sucesivamente].

De este modo es posible saber, al menos en teoría, la edad de los restos de organismos confrontando su actividad en carbono 14 con la de los organismos actualmente vivos.

Con estas premisas, hay que precisar que *son numerosos los errores que pueden producirse, por varias causas, en la aplicación del método. Algunos de ellos derivan de las alteraciones del nivel actual del carbono 14 debido a factores antropo-geoquímicos. Otros derivan de la contaminación, de variada naturaleza, a la que pueden estar sometidos los materiales a fechar. Otros pueden depender de los instrumentos y métodos utilizados en la investigación.*

En cuanto a la triple categoría de causas que pueden alterar el resultado de los experimentos, he aquí un cierto número de casos en los que se ha demostrado que el resultado de la datación con C-14 era erróneo: una antigua momia encontrada en 1984 dio sucesivamente tres fechas distintas: 300, 100 y 400 años d.C.; cáscaras de caracoles vivos resultaban tener una antigüedad de 26.000 años; a la momia conocida como *de Manchester* se le atribuyó una edad anterior a las vendas de 800-1.000 años; una foca marina, recién muerta resultó muerta en 1700; la piel de un mamut de hace unos 26.000 años, resultó fechada por el C-14 con solo 5.600 años; algunas hojas de árbol arrancadas en el momento, resultaron tener al menos 400 años, mientras que un mantel de unos cincuenta años se consideró como hecho a mano hace 350 años.

El 21 de abril de 1988 se extrajo un fragmento del sagrado lino –8’1 x 1’6 cm.–, repartido después en tres fragmen-

tos que se enviaron a otros tantos laboratorios de datación con el método del carbono 14: Tucson, Oxford y Zurich. Sus trabajos se desarrollaron en absoluto silencio, hasta que en conferencia de prensa, el 14 de octubre, los tres responsables de los citados laboratorios dieron al mundo una noticia que para los creyentes pareció increíble. El carbono 14 trasladaba la fecha de la Sábana, que hasta ahora se consideraba de la época de Cristo, a la Edad Media, entre los años 1260 y 1390, deduciéndose, en consecuencia, que era una falsificación. Quienes rechazan la autenticidad de la Sábana ven en estos resultados de su datación con C-14 la prueba definitiva para sus afirmaciones. Para D. Sox, que fue secretario de la *British Society for the Turin Shroud* y posteriormente se manifestó en contra de la autenticidad de la Sábana, «Dios no actúa de este modo», por lo que la historia de la Sábana no es más que un *invento ridículo* de los sindonólogos (D. Sox, *The Shroud unmasked*, The Lamp Press 1988. *Cfr*. también O. Petrosillo y E. Marinelli, *La Sindone. Un enigma alla prova della scienza*, Rizzoli, Milano 1990, 65 y 101).

Recordamos las palabras de Alberto di Giglio, en relación a las impresiones que tal anuncio, dado en el nombre de la ciencia, determinó en el mundo católico: «desconcierto, confusión, rabia».

Confieso que también yo tuve un sentimiento de amargura, que duró solo un instante, desapareciendo cuando me pregunté a mí mismo: «ahora bien, ¿los laboratorios habrán descontado la cantidad de carbono que la Sábana ha debido ir absorbiendo indudablemente a lo largo de los 19 siglos transcurridos, carbono procedente de las velas, de la respiración de los fieles...?»

Por otra parte, la elección como método de análisis del *método del acelerador* en lugar del *método del cálculo proporcional* pareció enseguida a muchos expertos el menos indicado para muestras pequeñas como las analizadas de la Sábana, porque en cada uno de los pasos de este método *existe la posibilidad de que se añada carbono a la muestra, alterando consiguientemente su datación*. Habría que esperar, pues, a que la ciencia perfeccione el método del carbono radioactivo y sobre todo encuentre el modo de aislar el carbono correspondiente a la edad de la Sábana del añadido a ella posteriormente.

[Tomamos de las explicaciones resumidas por el *Centro Español de Sindonología* en *loc. cit.* algunos datos sobre el estado actual de la cuestión de la datación con C-14 de la Sábana. Frente a quienes dieron la cuestión por terminada con las tres pruebas realizadas en 1988, otros muchos investigadores siguieron preguntándose por la razón de la discordancia entre ese dato y todos los demás resultados científicos anteriormente explicados. Con sus investigaciones se ha avanzado mucho en la explicación de las causas que pueden haber distorsionado la edad de la Sábana según el método de datación por carbono 14, e incluso del modo en que pudo haberse formado la imagen de la Sábana:

–El doctor Garza Valdés, investigador del *Instituto de Microbiología* de San Antonio en Texas, ha comprobado también experimentalmente que sobre la tela de la Sábana –igual que sucede en otros objetos que contienen sangre– abunda un compuesto biológico formado por hon-

gos y bacterias, que no fue eliminado con los tratamientos de limpieza a que fueron sometidas las muestras analizadas con el método del carbono-14.

–El doctor D. Kouznetsov, premio Lenin de Ciencias y Director del *Laboratorio de investigación de biopolímeros E. A. Sedov*, de Moscú, ha realizado un experimento que puede tener una enorme trascendencia. Adquirió una tela de lino originaria de Israel, datada según el C-14 en el año 200, y la sometió a un calor intenso, en presencia de plata, similar al padecido por la Sábana durante el incendio de Chambéry, después de lo cual fue datada trece siglos más tarde.

–J-B. Rinaudo –investigador en medicina nuclear del laboratorio de Biofísica de la Facultad de Medicina de Montpellier–, ha aportado su experiencia para formular una hipótesis que explicaría al mismo tiempo cómo se formó la imagen monocroma que nadie ha logrado hasta hoy explicar ni reproducir, y por qué ante el carbono 14 la tela fue rejuvenecida en 13 siglos. En resumen, él parte de suponer que se produjo en el cuerpo muerto del crucificado una irradiación de energía desconocida, con un número igual de neutrones y de protones. La irradiación de los protones produciría una quemadura superficial, oscureciendo la tela por oxidación de la celulosa, mientras que los neutrones enriquecerían la tela en carbono 14 y la rejuvenecerían. Realizados los experimentos correspondientes en un acelerador de partículas del *Centro de Estudios Nucleares* de Grenoble y en el reactor de la *Central de Energía Atómica* de Soclay, la hipótesis del doctor Rinaudo se ha verificado exactamente].

Fundamentados en tantas pruebas científicas coincidentes, podemos, pues, considerar ciertamente la Sábana Santa como una *reliquia*, como un *icono* de Cristo, como un *puente ideal y al mismo tiempo real entre nuestra época y la de Jesús*. Debemos atender a la expresión salida de sus labios: «Si no queréis creerme mí, creed al menos a mis obras» (Jn 10, 38).

La infinita sabiduría, poder y providencia de Dios encarnado ha demostrado repetidamente que está presente en la ideación y génesis de la imagen de la Sábana, en su conservación y en la presencia en ella de tantos sellos que garantizan su autenticidad. La Sábana ha demostrado ampliamente que es una de las maravillosas obras de Dios, que nos confía en ella un mensaje para que lo transmitamos a los hombres, especialmente a los actuales.

12

Y vosotros, ¿quién decis que soy yo?

Mt 16,15

Estamos concluyendo ya este largo viaje en torno a la Sábana Santa. Y probablemente el lector se ve envuelto en un torbellino de impresiones, como cuando visita y descubre un país extranjero...

La Sábana tiene en sí misma una fuerte carga de... provocación, en el sentido de estímulo, de invitación. Y el motivo es bastante claro, aunque el tema sea tan complejo.

Si se hubiese tratado de una antigua tela babilónica con la impresión de un crucificado, nos habríamos preguntado por un tiempo si no pudiera haber pertenecido a un esclavo condenado a muerte por orden de Hammurabi. Y la cuestión hubiera quedado en eso solo. Alguna línea más en las nuevas enciclopedias.

Si se hubiese tratado de un largo trozo de tejido encontrado en el interior de un sepulcro junto al Nilo, sería legítima curiosidad preguntar a la ciencia moderna quién sería el misterioso personaje *fotografiado* en aquel rollo de tela egipcia. ¿Algún dignatario que no fue fiel? ¿Un faraón derrotado en batalla por un poderoso rey enemigo, y cuya momia faltase en la lista de los hallazgos arqueológicos? Curiosidad legitima, pero nada más.

Aquí, en cambio, según todo lo visto, hallamos la impresión total del Hombre más importante que jamás haya existido. El personaje de la Sábana sería Jesús de Nazareth, el Hombre-Dios. Un Dios que ha tomado la misma realidad y ciudadanía humana de uno de nosotros. Un hombre joven y fuerte, que se arriesga al fracaso popular, y que en la plenitud de sus facultades mentales se enfrenta con un terrible género de muerte para confirmar su idea- fuerza: Dios ha descendido con él a la tierra para ofrecer a los hombres una última posibilidad de salvación. En la Sábana tenemos así una recuperación íntegra y definitiva de su imagen, ofrecida a todos los hombres de buena voluntad, en cualquier nación y tiempo.

Según esto, la Sábana Santa de Turín ha guardado su cuerpo crucificado y a Él pertenece la imagen que en ella nos ha quedado prodigiosamente estampada.

Imaginemos un caso extraño, sumamente extraño. Supongamos que un ladrillo se separe espontáneamente para *volar* hasta las manos del albañil que está reparando la fachada de una casa en el último piso. La física moderna afirma que esto podría suceder teóricamente, quizá una sola vez en cien billones de años…

Yo estoy convencido de que sería necesario esperar mucho más tiempo para conseguir que una antigua sábana funeraria *fotografiara* espontáneamente el cadáver envuelto en ella, conservando una perfecta imagen humana, una imagen que además ilustra con toda exactitud la dolorosa y detallada crónica del Vía Crucis, recorrida paso a paso por Jesús.

Más aún. He aquí que la ciencia actual y la historia evangélica coinciden al afirmar que la imagen íntegra del Hombre de la Sábana Santa ha podido estamparse en ella en un lapso de tiempo de apenas 30-40 horas, o incluso en un instante. En el breve período de permanencia de Jesús en el sepulcro; del anochecer del viernes al alba del domingo. En el momento divino de la resurrección.

¿Por qué el Creador del universo, el Señor de las complejísimas leyes que gobiernan los fenómenos sensibles, no podría haberse valido en algún modo de la acción conjunta del áloe-mirra-fibrina- radiaciones celulares, etc., para obtener aquel *unicum* absoluto que es la imagen que puedes ver en la Sábana Santa, y que historia, fe y ciencia coinciden en atribuir a Cristo?

¿Recuerdas todas las pruebas, los cálculos, las precauciones del abogado Pia? Pues bien, aquí dos mil años antes que él

y que nosotros, parece que un dedo invisible haya tocado, con extrema decisión, el botón de una invisible y ultraprecisa *máquina fotográfica*, transformando así una simple sábana en aquel perfecto *negativo* que es la Sábana Santa.

Efectivamente, se trataría de una intervención prodigiosa –el clásico *miraculum quoad modum*, en cuanto al modo, dicho en lenguaje técnico–. Ese efecto excelente puede haber sido causado por Dios, como causa-principal, concentrando, midiendo y ajustando la ciega potencialidad de las normales fuerzas de la naturaleza. *Nadie* puede excluir esto. Y al contrario, *todos* los indicios nos impulsan a admitirlo.

Esta Sábana Santa, entonces, no habría envuelto un cadáver condenado inexorablemente a la descomposición, sino el cuerpo de un hombre verdaderamente muerto y realmente vuelto a la vida, más vigoroso y eficiente que nunca, después de haber permanecido menos de tres días en la sepultura.

Esta formidable afirmación no se lee en la Sábana Santa, sino en los Evangelios. La Sábana se limita a confirmarnos muchas cosas de Él, muchísimas cosas. Nos propone concretamente una pregunta que no es lícito ignorar, una pregunta que es fundamental. Es una suposición estimulante, que la fe y la ciencia pueden transformar en una certeza absoluta. Esta huella de un hombre que nos entrega la Sábana es verdaderamente la imagen del Resucitado.

¿A quién no le gustaría ver una verdadera fotografía de Jesús?... Zeffirelli, en una espléndida película sobre la vida de Cristo, o los grandes artistas, como el Beato Angélico, Leonardo de Vinci, Miguel Ángel, Rafael, lo han intentado de un modo u otro con su arte, partiendo de la imagen de un modelo o del sueño de su fantasía. Pero no podemos menos de preguntarnos: ¿así era Jesús realmente? ¿Era tan hermoso, más, menos?...

Si Él, el hombre de la Sábana, es realmente Cristo –como yo lo creo firmemente–, en tal caso hoy poseemos sus datos físicos con más precisión de la que poseemos acerca de cualquier otra personalidad histórica.

Además de ciertos rasgos fisonómicos muy precisos, podemos conocer, por ejemplo, la estatura de Cristo. Sumando los 204 cm. de la impresión de la cara con los 208 cm. de la imagen dorsal, dividiendo después por dos y restando los 25 cm. de la huella de los pies, obtenemos 181 cm., alrededor de un metro ochenta.

Es cierto, sin embargo, que en este punto las opiniones de algunos estudiosos pueden ser distintas. Hay que tener en cuenta un cierto cedimiento del tejido que puede darse con el paso de los años. También hay que considerar que un hombre tiene mayor estatura cuando está yacente. En todo caso, conjugando varias medidas y consideraciones, parece seguro el cálculo que asigna a Jesús una estatura de alrededor del metro ochenta; estatura por encima de la media de tipo semítico.

Judica-Cordiglia estima que el Hombre de la Sábana Santa muestra una perfección corpórea tal que obliga a clasificarlo por encima y fuera de todos los tipos étnicos.

Y finalmente sus ojos... Pero ¿cómo hablar de una mirada oculta, escondida?

Podemos recordar aquí lo que un Papa del siglo veinte, Pío XI, confesó un día después de haber contemplado absorto el rostro de Jesucristo que aparece en la Sábana Santa:

«Hay en él, en aquel rostro, algo realmente impresionante: una belleza tan viril, tan fuerte, tan verdaderamente divina; una serenidad tan triste, una tristeza dolorosamente serena, y sobre todo *una mirada que no existe, y que, sin embargo, sorprende; se ve*. No existe, porque los párpados están bajados; pero aún así no es un rostro ciego, sino lleno de luz, con una mirada escondida que nos alcanza también a través de los párpados».

Estas palabras, en las que vibra un velo de conmoción, nos llevan al Cristo escondido y *revelado* de la Sábana Santa. Ella no es objeto de una fe sobrenatural, pero quizá probablemente por esto significa algo más para el hombre contemporáneo: es objeto de sus sentidos y de sus análisis más exigentes, es el objeto de nuestra reflexión.

El Evangelio y el cristianismo no sacan su fundamento propio de la Sábana Santa, pero recibe de ésta un suplemento de luminosidad y de garantía por las muchas *coincidencias* que la enlazan con el Evangelio, y en consecuencia con Cristo. Tanto mejor si esta luz irradia, aumentando así la credibilidad de la fe.

Observaciones finales

Ha llegado el momento de que, con honradez y valor, nos hagamos ciertas preguntas fundamentales acerca del hombre de la Sábana Santa.

–Si es Cristo ¿no será éste el rostro que se ha inclinado, mirando al rostro de María, su madre? Sí, es el rostro que ha sudado en el banco del carpintero, trabajando junto a José. El que ha mirado al hijo enfermo del funcionario de Cafarnaún, a la suegra de Pedro, a las espigas y flores del campo, a aquel difunto, hijo único de la viuda de Naím. El rostro vuelto hacia el paralítico, hacia la pecadora perdonada, hacia las mechedumbres hambrientas de pan y de verdad, el que estuvo en la proa de la barca, sobre las olas del lago, entre los niños, muchachos y jóvenes de Palestina. Es el que miró al ciego de Betsaida, a los leprosos, a los escribas y fariseos, a Lázaro, Marta y María, a la Ciudad Santa, el que lloró, el que se volvió hacia la Magdalena, que se le acercaba con su frasco de aceite perfumado.

Sobre la mesa de la última Cena, mira a Juan, que ha apoyado la cabeza sobre su corazón; mira los pies de los discípulos, mientras se inclina para lavárselos; mira a Judas, que lo traiciona por treinta monedas; contempla la tierra de Getsemaní, donde agoniza hasta derramar sangre. Se vuelve a Pedro, que jura no haberle conocido jamás. Ve su propia carne, lacerada por la flagelación. Ve la efímera victoria de Anás y Caifás, la sonrisa burlona de Herodes, la ruindad de Pilatos.

Mira a las mujeres que se compadecen de Él, cuando avanza vacilante hacia el Calvario. Mira los clavos, el martillo, las manos que lo empuñan y que golpean con fuerza. Mira a sus enemigos, que celebran su momentáneo triunfo, y al apóstol Juan, y a María, su Madre.

Es el rostro de la Sábana, el del suda-

rio, que en la mañana de Pascua quedan intactos en el sepulcro.

El rostro que mira a Magdalena, inclinada para adorarle, que mira a Tomás, que solamente llega a creer en él cuando pone sus manos en las llagas. El que se vuelve hacia los amigos que va encontrando, en Betania, en el monte de los Olivos, el día de la Ascensión...

–Si él es Cristo, efectivamente, *ésta* es la boca que ha enseñado las parábolas de la levadura, del grano de mostaza, de la perla preciosa, del tesoro escondido, del siervo despiadado, del buen samaritano, del fariseo y del publicano, del hijo pródigo, de la oveja perdida y encontrada...

–Si es Cristo, realmente, entonces *éstos* son los labios que han dicho: «yo y el Padre somos una sola cosa. No he venido del cielo para hacer mi voluntad. Yo he de cumplir la voluntad de mi Padre, que me ha enviado.

«Padre nuestro, que estás en el cielo, haz que todos te reconozcan como Dios, que tu reino se realice, que tu voluntad se realice aquí en la tierra como en el cielo. Yo he venido al mundo para dar testimonio de la Verdad. Os he hecho ver de parte de mi Padre muchas obras buenas. ¿Por cuál de ellas queréis ahora apedrearme?

«Si no hago las obras del Padre, no me creáis; pero si las hago y no queréis creer en mí, al menos creed por estas obras. Así reconoceréis que el Padre está en mí y yo en el Padre.

«Yo soy la luz del mundo. El que me sigue no anda en tinieblas. Yo soy la resurrección y la vida. Yo soy la Vid, vosotros los sarmientos; si alguno permanece unido a mí y yo a él, producirá mucho fruto. Yo soy el buen pastor y conozco a mis ovejas, y ellas me conocen.

«Bienaventurados aquellos que no pierdan la fe en mí. Felices aquellos que tengan un corazón *limpio*: ellos gozarán de Dios. Bienaventurados vosotros, cuando os insulten y persigan simplemente por el hecho de ser mis discípulos. Estad alegres y contentos, porque Dios os ha preparado un premio inmenso.

«Los zorros tienen una cueva y los pájaros un nido, pero el Hijo del hombre no tiene dónde reposar. El Hijo del hombre no ha venido para ser servido, sino para servir a los hombres, hasta ofrecer su propia vida como rescate para su liberación.

«Os he dado buenos ejemplos, para que vosotros hagáis lo mismo. Yo he venido a encender en la tierra un fuego, y cuánto quisiera yo que se inflamara.

«Yo soy el pan de la Vida. Cuando sea alzado sobre la tierra, atraeré a todos los hombres hacia mí. ¡Yo estaré con vosotros siempre, día a día, hasta el fin del mundo!»

–A este hombre, si el Hombre de la Sábana es Jesús, le han dicho: «Tú eres el Mesías, el Cristo, el Hijo de Dios viviente.

«Señor, si quieres, puedes sanarme.

«Señor, mi hija se está muriendo. Por favor, ven a poner tu mano sobre ella, para que se cure y continue viviendo...

«Señor, mi siervo yace en casa paralizado y sufre terriblemente...

«Maestro bueno, ¿qué debo hcer para conseguir la vida eterna?

«Señor, ¡ayúdame!

¡Maestro, Maestro! estamos en peligro: ¡nos estamos hundiendo!

«Sí, Señor, tu sabes que te amo.

«¿A quién habríamos de ir, Señor? Tú eres el único que tiene palabras que dan vida eterna.

«Quédate con nosotros, que el sol se está poniendo y dentro de poco nos quedaremos a oscuras.

«Señor, estoy segura de que todo lo que pidas a Dios, Dios te lo concederá».

–Será, en fin, muy probable que justamente sea él de quien han dicho sus contemporáneos o su Padre:

«Será un gran personaje y vendrá a ser llamado Hijo del Altísimo.

«Salvará al género humano de los pecados.

«Éste es el cordero de Dios, el que toma sobre sí el pecado del mundo.

«¡Hemos encontrado al Mesías! Venid a verlo.

«Señor, hemos de reconocer que tú eres profeta.

«Venid a ver a un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho. ¿No será el Mesías?

«Hemos encontrado al hombre del que escribieron Moisés y los profetas: a Jesús de Nazareth.

«Éste es mi hijo, mi predilecto. Yo os lo mando: escuchadle.

«Este hombre ha realizado muchos prodigios. Si lo dejamos seguir, todos acabarán creyendo en Él.

«Ningún hombre ha hablado así, como habla este hombre.

«¡Ha blasfemado»

«¡Engaña a la gente!

«Es un loco; no razona. ¿Para qué le estáis escuchando?

«Éste acoge a los pecadores y come con ellos.

«¿Quién es este hombre, que manda a los vientos y a las aguas, y el aire y el mar le obedecen?

«Yo no encuentro en él culpa alguna. No ha cometido nada que le haga merecer la muerte...

«Soy inocente de la sangre de este hombre justo.

«¡Jesús, acuérdate de mí cuando estés en tu reino!

«¡Verdaderamente éste era el Hijo de Dios!

«Nos hemos acordado de que aquel impostor, cuando todavía vivía, dijo: “después de tres días resucitaré”...

«Jesús de Nazareth no está ya en este sepulcro, pues ¡ha resucitado, como lo había prometido!

Y tú, hombre que entras ya en el año Dos Mil: ¿quién dices que sea este Hombre, si no es Cristo?

Bibliografía

He aquí una breve relación de textos de consulta y lectura sobre la Sábana Santa:

–En italiano

Baima Bollone P. Benedetto P.P., *Alla ricerca dell'Uomo della Sindone*, A. Mondadori, Milano 1978.

Barbet P., *La Passione di Nostro Signore Gesù Cristo secondo un chirurgo*, LICE, Torino, 1959..

Garello G., *La Sindone e i Papi*, Corsi, Torino 1984.

Ghiberti, G., *La sepoltura di Gesù, i Vangeli e la Sindone*, Marietti, Roma 1982.

Masini N. Marinelle E. Romano E., *La Sindone: una presenza?* Giovinezza, Roma 1987.

Masini N. Marinelle E. Malantrucco L., *Fede e scienza: è Gesù l'uomo della Sindone?*, Medi, Verona 1987.

Petrosillo O. Marinelli E., *La Sindone, un enigma alla prova della scienza*, Rizzoli, Milano 1990.

Ricci G., *L'uomo della Sindone è Gesù*, Cammino, Milano 1985.

Rodante S., *La realtà della Sindone*, Massimo, Milano 1987.

Siliato M.G., *Sindone*, Paoline, Milano 1997.

Zaninotto G., *La tecnica della crocifissione romana*, *Quaderni di studi sindonici*, Emmaus, Roma 1982.

–En español

Loring, J., *La Sábana Santa, dos mil años después*, Planeta Testimonio, Barcelona 2000.

Maldame, J-M., *Qué pensar de la Sábana Santa.* Mensajero, Bilbao 2000.

Stevenson, K. E. Habermas G. R., *Dictamen sobre la Sábana de Cristo***,** Planeta Documento, Barcelona 1982.

Carreño Etxeandía, J.-L., *El último reportero***,** Ed. Don Bosco, Pamplona 1977.

AA.VV. El *Centro Español de Sindonología*, en la revista «Biblia y Fe» (Escuela Bíblica, Madrid 1998), publicó una excelente selección de artículos: n. 70, *La Síndone de Turín*; 71, *El Sudario de Oviedo*, y 72, *Los enigmas del Gólgota*.

–En Internet

sindone.torino.chiesacattolica.it

www.shroud.org

www.linteum.com

www.shroud.com

corazones.org/jesus/turin_sudario

Indice